

**ISLA DE
AZUL Y
VIENTO**



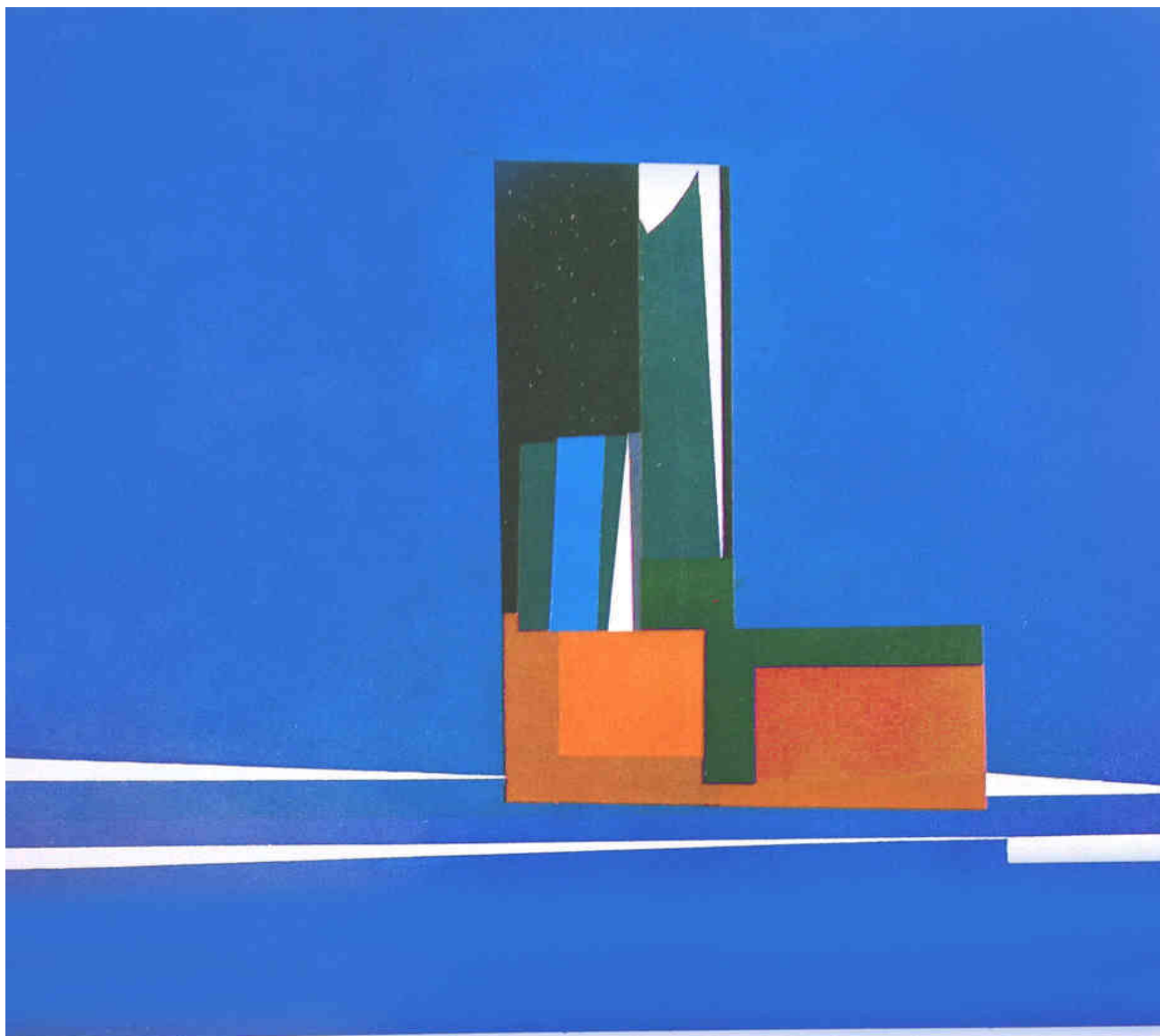
**Luis Beltrán
Prieto Figueroa**

Isla de Azul y Viento

José Agustín Cataña, editor

**EDICIONES
CENTAURO / 86**
Caracas / Venezuela

© Luis Beltrán Prieto F.
Editor José Agustín Catalá
Ediciones CENTAURO
Diagramación: León Levy
Caracas/Venezuela/1986
ISBN 980-263-053-5.



Septiembre 1986

Para mi querido y
admiradísimo Maestro
Luis Bellón Prieto
con la emoción y el honor
del recuerdo de la bella
isla de mi infancia

Miguel Pardo



DEDICATORIA

A Cecilia, mis hijos y mis nietos, con quienes estaré siempre en deuda.

A la memoria de mis padres, de quienes aprendí que por encima de toda virtud predomina la bondad.

A mis hermanas, vivas y muertas, islas de amor sobre la mar nacidas.

A mi abuela materna, Mama Lita, que en los pliegues de sus amplias sayas arrulló mi infancia.

A la tía Juanita, que me hizo beber desde muy niño la droga maravillosa de la lectura.

NOTA DE AGRADECIMIENTO

Este libro de Azul y Viento tiene mucho que agradecer a los amigos dibujantes y pintores. Tiene que agradecer al editor José Agustín Catalá, más amigo que editor. Van insertos en él dibujos que figuran en el álbum de Cecilia, mi mujer, que durante sesenta y dos años ha sido brisa suave alentando mi vida. Encontrarán aquí los lectores dibujos y pinturas de pintores muertos y vivos: Francisco Narváez, excelente conterráneo margariteño dibujó en ese álbum cabezas de la gente de nuestro pueblo, que ahora conocen los lectores porque estuvo guardado en caja azul de terciopelo que cubría el álbum de Cecilia. Otro muerto que engalana con sus dibujos el poema "Juangriego del Recuerdo", es Pedro Angel González, el prodigioso pintor del Avila, del mar y de los cerros de La Guaira y los paisajes de Margarita. De ese mismo álbum vienen dos dibujos del querido MEDO (Medardo Medina Febres), de tantas luchas y preocupaciones compartidas. Del viejo pintor barcelonés, de mi mismo apellido y de mi misma familia, César Prieto, los turpiales que cantan en la rama del nido; de Gilberto Antolínez, poeta, pintor y antropólogo su hermosa estampa "La Hilandera" y la palma levantada que el pintor Fabbiani Ruiz puso como una aspiración de subir y subir hasta la nube; el pintor Denys Bourne, aquerenciado en Margarita, me regaló la estampa de El Faro, para presentar mi poema "Porlamar en el Viento". El escultor y pintor de obra viva sobre la piedra o el metal muertos, pintó para este libro la flor del magüey y pescadores

que levantan la pieza cobrada a la mar en el arpón. El pintor Régulo Pérez dibujó la figura ligera de los pájaros de la Isla de Azul y Viento; Luisa Palacios me obsequió el bello cuadro que sirve de portada. Pero también me brindó fotografías ese poeta de la cámara y amigo cordial que es Alfredo Boulton, enamorado del paisaje margariteño. Incluyó una fotografía de la Iglesia de San Juan Bautista, debida al fotógrafo Lorimer Rojas. A todos va mi reconocimiento porque junto a mis versos quisieron estar para que fuera hermosa la presentación de este libro.

Debo otras menciones, que sería imposible enumerar, a los que me acompañaron para ver y rever en la Isla lo que pudo haberse borrado en el recuerdo, que a veces nos resulta inconstante.

Entrego este libro sin pretensiones de poeta enamorado de su obra. Si algo hay en él de valor es trasunto de una vida vivida en una tierra donde sol y viento maduran en los frutos y en la conciencia de los hombres que la aman.

Antes de aparecer en este poemario fueron publicados en folletos, editados por Editorial Arte de Caracas, los poemas que figuran bajo el título "Villas, Pueblos y Ciudades", que patrocinaron Fundaconferrys, la Fundación Henri Lord Boulton, Fondene, Angel Brito Villarroel y Fundación Oriental, a quienes también rindo mi agradecimiento.

Luis B. Prieto F.

Caracas, noviembre de 1986.

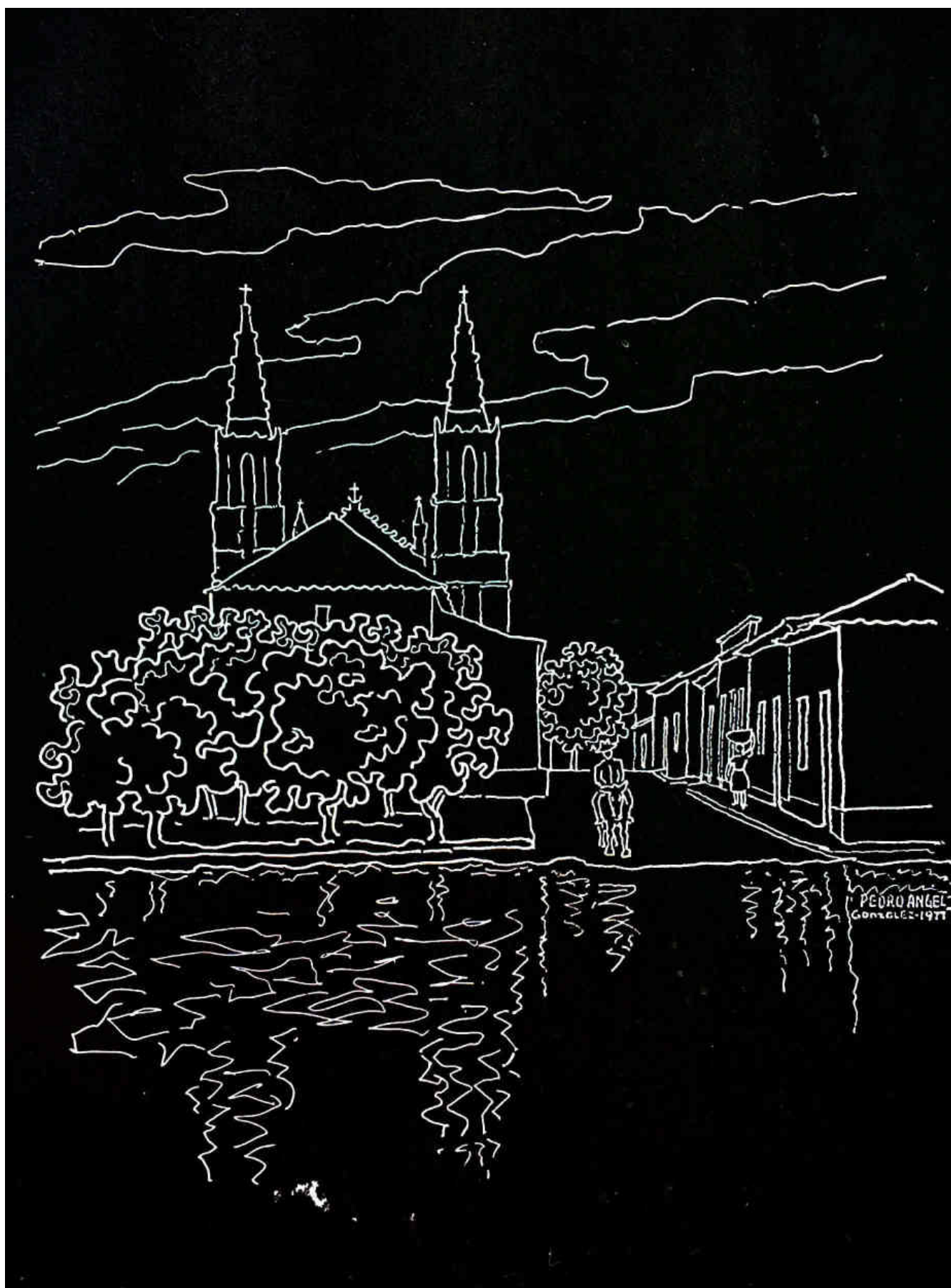
MANEJO PARA CELEBRAR UN VERDOR

Gustavo Pereira

NOTA EXPLICATIVA

Lo que tienes en las manos, amigo lector, no es un libro. Es un muro largo a la orilla del mar, pintado con una brocha de pintar barcos que encontré abandonada en la playa. Muestra muchos colores: azul de mar y cielo, verde de las montañas, rojo de la tierra pelada que castiga el sol, amarillo de cielo atardecido; el color de las flores, alas, trinos y pájaros. Es un muro vivo donde se quiebra el viento y se oyen las voces de un pueblo amaneciéndose, que canta en los caminos, que llora y gime en las horas de íntima congoja, pero que ostenta la firme voluntad de seguir adelante. Las faenas del mar o de la tierra no le cansan, aunque sea escasa la paga, poca el agua. Sin doblegar la confianza dirá siempre: ¡Mañana será mejor!

Este muro está hecho de amor, la argamasa es sangre pura del pueblo. Sobre las almenas ondea la esperanza.



Una tarde de finales de 1976 Efraín Subero me llevó a conocer al Maestro Prieto.

Nos recibió como suele hacerlo con quienes quiere bien, a brazos abiertos. El paternal afecto hacia Efraín, disimulado entre agudas chanzas de legítimo margariteño, de pronto daba pábulo a la severa disquisición, a la reflexión grata, al grave y sabio análisis. Me sorprendieron la vitalidad espiritual y la lozanía de quien suponía entonces más dado, por costumbre, al tortuoso e indistinto avatar político que a la meditación poética, y todavía me sorprendió más un libro inédito de versos **Verba mínima**, que leí con fruición no disimulada.

Poco después escribí para **El Nacional** unas líneas cuyo título, **Un poeta**, recogía de alguna manera mi entusiasmo y mi admiración pues ya entonces pensaba, aunque él no estuviese de acuerdo, que era el Maestro Prieto uno de los escasos seres humanos para quienes el paso de los años era pretexto, no para abjurar de la marchita juventud, sino para hacerse más

joven (lo que para mí significaba: más sedicioso). “Mientras los más se tornan silenciosos como los viejos árboles —decía en esa nota— o se hacen solitarios y buscan en sí mismos respuestas que tal vez no hallarán si sus vidas no han sido fructuosas para los demás —y no para sí—, o envejecen deformados de espíritu, arrepentidos quizás de fechorías o tal vez tramando las últimas, pocos, poquísimos, han podido ser dignos de ser llamados **Maestro**, por su pueblo”.

Los años han pasado para el Maestro Prieto de modo diferente como suelen hacerlo con el común de los mortales. Cada día parece ser en él ejercicio de afinación de la sensibilidad y lúcido menester que le hace ser más radical ante la sinrazón y el oprobio. De él puede decirse también que envejece con honor bajo la carpa triste del circo desamparado que es la Venezuela actual, donde voces como la suya sirven para hacer ver, por entre la descalandrajada tela, el claror del aire puro. Lejos de tirar por la borda sueños y esperanzas para esperar el arribo a provechosos puertos de falsa heroicidad, él recargó sus livianos morrales y sigue su obstinado navegar hacia ningún apostadero preciso, lo que equivale a decir hacia los atracaderos del vasto pueblo, donde en el estremecimiento de victorias y frustraciones colectivas se remoja de continuo.

Dice el Maestro Prieto en este libro que entre todas las virtudes humanas él aprendió a quedarse, como sus padres, con la bondad.

Y este libro, lector, es todo bondad.

Por sus páginas rondan miles de cabos luceros, cuya función de encendedores de lámparas noche tras noche se parece a la

que hombres como el Maestro Prieto establecen sobre el mundo.

No piden nada a cambio, puesto que es oficio que ejercen con amor:

**Soy palabra y latido
de pueblo amaneciéndose**

Dedicado casi en su totalidad a cantarle a los pueblos, hombres, plantas, animales y al mar de la antigua Paraguachoa, este **Isla de azul y viento** es sobre todo un vasto poema épico resuelto en disímiles estancias dominadas por un frenético amor por Margarita. **Hilo en rueca de sueños**, la última parte, concierta la melancólica reflexión sobre el más indescifrable de los sentimientos humanos y la eternidad, con la punzante presencia del optimismo vital en trance de permanente lucha.

El Maestro Prieto escogió la poesía para manifestar este amor y esta incesante contienda porque sabe que ningún otro lenguaje es capaz de develar tales desgarraduras —“raspaduras del alma” las llamaba Artaud—. Que lo haya hecho en la octava década de su vida es prueba de que el corazón envejece a pasos reacios y sosegados si existe una cabeza poco remisa. Cuando a la voluntad de entregar los mejores años y esfuerzos a un ideal de redención colectiva van unidas dignidad, honradez y bondad, la inexorable rueda de la vida no gira en el vacío.

En **El Mahabharata** (siglo III antes de nuestra era) el viejo Dhritarashtra, después de haber vivido quince años en la

Corte y conocido los tornadizos mecanismos del poder, sintió cierto día que las alas de su pecho parecían imposibilitadas para emprender ningún vuelo. Saciado de estupidez humana, obligado a dispensarse en salones y cultivarse en los engaños y la mentira, comprobó holgadamente que a todo poder le eran caros necedad, halagos y vanidad, así como a las tormentas los rayos y la destrucción. Una noche decide emprender viaje a lo desconocido y entregarse a una causa en aldea lejana de gente pobre. Algún tiempo después escribirá "Creí en el fondo de mi corazón aliviar mi carga, pero sólo conseguí acrecentarla".

Lejos del abatido Dhritarashtra, el Maestro Prieto nos dice en este libro:

**No hay término, todo comienza siempre:
siempre es ayer, mañana, ahora o nunca.**

O bien:

**En el tiempo trajinado
cada pisada deja
su marca apresurada:
la huella es un instante
que lo borra otra huella.**

Porque el combate contra el horror y la degradación es, en esencia, invencible querella contra la muerte.

En los días finales de su prodigiosa vida que duró setenta años, el gran gobernante y poeta del antiguo México,

Nezahualcóyotl, se interrogaba dolidamente, aunque sobreponiendo al irremediable desenlace la certidumbre de la lucha y el aliento:

**¿A dónde iremos
donde la muerte no existe?
Mas ¿por esto viviré llorando?
Que tu corazón se enderece:
aquí nadie vivirá para siempre.**

Lo que en suma el Maestro Prieto dice en este pequeño poema o somari:

**El tiempo de vivir es infinito.
El tiempo de morir es de relámpago.
¡Vive!... Para morir te sobra tiempo.**

A diferencia del gran Ungaretti, quien desoladamente cantaba:

**No me queda nada por profanar, nada por soñar.
He gozado de todo, y sufrido.
No me queda sino resignarme a morir.**
el Maestro Prieto puede decir con el inmortal Li Tai Po:

**No busco la riqueza, no busco los honores:
puesto que soy mortal, sólo pretendo vivir en juventud.**

*¿Qué otra cosa que vivir eternamente joven es entregarse,
como lo hace él, a cantar a la vida, a su isla, a su mar y a la*

*humanidad entera? ¿Quién puede titubear ante el verdor
espiritual de la sosegada pero implacable voluntad capaz de
dictar estas líneas?:*

**Yo nunca supe
de la fe sin límites.
Para mí dudar es un camino.**



ALUMBRAMIENTO DE PARAGUACHOA

*La Isla de los lobos peregrinos,
de níspero el sabor, de perla el canto,
de sol, de sal, de piedra los marinos*

Andrés Eloy Blanco

*Hiende los aires, Hiende el mar la proa.
Gira y se da multicolor el mundo.
Aro tu vivo azul, Paraguachoa.
Y el corazón abismo en lo profundo.*

Pedro Rivero

*Horas de La Restinga en el costado
de la Isla más Isla de las Islas,
que corona la frente del Caribe.*

Manuel Felipe Rugeles



SOY TU VOZ EN EL VIENTO (*)

Vengo de un pueblo
de cristalina estirpe
y voz rasgada.
Vengo de un pueblo azul
de mojada cintura
y mano dura;
nací como se nace
entre la sangre,
crecí como se crece
entre objetos y hombres;
aprendí muchas cosas
y he olvidado otras tantas:
de palabras, de nombres
me viene el canto,
las lágrimas,
el sueño y el amor.

Soy hombre
multiplicado esfuerzo

idea y voluntad
que se realizan,
canto rodado
sobre la playa íngrima,
soplo del huracán
en la ola salvaje,
amarga espuma
sobre la cresta erguida,
apenas una gota
perdida en el aguaje,
retorno y viaje siempre
entre orilla y orilla,
un puntal de la sombra
de acento trémulo
que me busca y me llama,
soy palabra y latido
de pueblo amaneciéndose.

Soy tu voz en el viento.

Luis B. Prieto F.

(*) Música de Inocente Carreño

Al poeta Gustavo Pereira

Rodaba el mundo enmudecido y solo,
hirviente masa informe,
calva la superficie de caliente textura,
ni una brizna de verde se mecía en el viento
ni trino ni rugido, risa o llanto,
sólo existía el silencio de inexistentes voces.

La nebulosa misma, génesis constelado,
era luz en la altura de sol incandescente,
fluían estrellas: Orión, La Cruz del Sur,
Las Cabrillas, cometas, luceros incontables...
Nadie miraba el parpadeo del cielo.

Eran inéditos los años infinitos,
las tierras confundidas en rotonda de aire;
nadie puede contarle sino el planeta mismo
en sus capas de greda, de piedra y lava fría.

La noche, el día, corrían dislocados
pisándose las huellas. La aurora y el crepúsculo
eran sólo momentos en un mismo proceso.
El tiempo no tenía brida de relojes
ni nada que pudiera señalar calendarios.
No era tiempo de dioses de las cosmogonías,
metáfora del hombre, confuso, en desconcierto.

Las cosas y los seres carecían de nombre,
la palabra esperaba para el vuelo sutil
labios que la llevaran como sello del viento
sobre la faz del mundo
grabadura en la piedra.

En ígneas convulsiones las centrífugas fuerzas
trizaron en pedazos los bordes que rodaron
cual navíos desarbolados en el ingrmo mar
y quedaron ancladas frente a los continentes,
como una flota inmensa. Las islas emergidas
desde el alumbramiento estuvieron temblando muchos siglos.

En miríadas de años se cuenta el enfriamiento,
después fue el florecer, poblamiento de seres
surgidos de la mar. El hombre fue postrero.
De la amiba a la nube, del gusano a la flor;
la gota temblorosa sobre el pétalo abierto
era un mundo viviente desangrado en el iris.

De ese surgimiento de las islas nació Paraguachoa
de hirviente mar de peces y cantos de las aves
de alas multicolores, y plantas de sequía,
animales veloces sobre el quebrado suelo.

Tunas, cardones, agrios de espinas,
eran llamas de verde en el umbrío,
lucían los robles su florecida copa
mientras los acos daban su violeta encendida.
Los olores del campo volaban en la brisa,
de la aurora a la tarde el cielo abrillantaba
los cerros, las lagunas.

Paraulatas, turpiales, concertaban sus trinos
con otros pájaros pobladores del bosque
en un concierto agreste perdido en el espacio,
las palomas zureaban al borde de sus nidos,
las cascabeles movían las maracas alegres,
regocijados retozaban venados y conejos
mordiendo los retoños
entretejidos con los cujisales
sobre la tierra virgen de pisadas humanas.

Corrían riachuelos rumorosos debajo de los puentes
de ramas enlazadas de taguas, ceibas y jabillos
crepitantes los frutos en el aire azulenco,
sombreando el paisaje el guayacán tendía su fronda
[desbordante.

La Isla era esmeralda encendida,
paraíso arrullado por la onda marina que ofrecía
su cosecha de lisas, jureles, carites y sardinas...

Desde el Norte vinieron los hombres y pobladores,
en un mar proceloso remaron noche y día.
Llegaron a la orilla de esa tierra apacible;
plantaron sus viviendas de ramas contra el viento.

Se sembraron allí, tribu de los arawacos
los fieles guaiqueríes,
herederos del arte de fabricar cacharros:
cántaros labrados impregnados de historias,
vasos para la sed y caliente comida,
cocida a fuego lento arrancado a las piedras.

Iban todos desnudos como recién nacidos
cuerpos de bronce ungidos de neblina.
En la nudez lucía la espigada estatura,
los hombros levantados en las amplias espaldas,
musculosos los brazos del remo al ejercicio,
clara la tez pintada con achote
que los negros cabellos recubrían,
las mujeres mostraban resistentes cinturas,
los senos rebosantes, los pezones erguidos,
manos propicias para los oficios
del barro, de las siembras y las recolecciones.

De silvestre algodón tejían sus redes.
El maíz de rumorosa espiga
le ofrecía sus mazorcas, sustento contra el hambre
y manantial de licores generosos
para las fiestas consagradas a la luna,
lámpara del cielo para alumbrar las noches
de las danzas rituales con genésicas orgías.

Paraguachoa es de olas recipiente sonoro,
unas junto a la playa se desmayan,
otras desafían el roquerío
pero todas de espumas florecidas
en apacible canto enarenado.

El bosque, el río, el mar, el alar en silencio
apaciguaron los trashumantes sueños
y se entregaron a labrar hachas, cuchillos de obsidiana,
a pulir en los huesos sus flautas armoniosas,
clarines de guaruras, collares de piedras y semillas

y a fabricar cayucos de la pesca
y las navegaciones a las playas distantes.

El sereno vivir lo interrumpían los caribes,
raza de agresivos luchadores
que vinieron de la selva intrincada de agua,
de los ríos tormentosos: Pilcomayo, Amazonas, Orinoco,
el río de la Obscurana en la maraña tensa,
caños de alimañas hirvientes:
los caimanes, la anaconda gigante, las pirañas,
el rugido del tigre en la espesura,
jaguares en los árboles,
aves que oscurecen el cielo con sus alas,
dantas, monos, chigüires,
el reino de las bestias sorprendidas,
Casiquiare entre rocas y lianas entrenzadas,
los saltos alevosos, los barrancos:
ciénagas y pantanos retardando los pasos.

Un ignorado mundo bajo sombras,
pero expresábase clara la voluntad de un pueblo
que abría los caminos resueltos al porvenir.
Nada los detenía en su búsqueda ansiosa.
Traían ardor de tribus guaraníes invencibles:
al vuelo de sus flechas, muerte y guerra,
plantaron su dominio en el ámbito trepidante de las islas.

Arrogantes luchadores, los caribes
someten hombres, persiguiéndolos por bosques y pantanos.
Sus armas aguzadas, de veneno en la punta,
disparaban al grito: *Ana Karina rote.*

Era un cielo de flechas,
de la playa hacia el bosque,
del bosque hacia la playa,
la lucha encarnizada,
el guaiquerí animoso
defendía embravecido su terruño,
las mujeres huían a las altas serranías,
hasta que terminaba la contienda
de enardecida saña en un campo de muerte,
se las aprisionaba espinados los cuerpos
para servir de vientres, botín alucinante
llevado como ofrenda al dios Amalivaca.

En el tiempo de ahora, ¿en dónde están los indios
Reverberan en nuestra sangre confundidos:
poder de la conquista, misturación de estirpes:
el español, el negro, el indio taciturno,
tres razas diferentes en una raza nueva
que puebla los confines de la América nuestra.

HILO EN RUECA DE SUEÑOS

"Qué fuerte como la muerte es el amor"

El Cantar de los Cantares

*"Pausado amor de caverna,
si a cada gota más tenso,
más cada día propenso
a una conjunción eterna"*

Miguel Hernández

EL DESCUBRIMIENTO

A Ramón J. Velásquez

En su cuarto creciente
rielaba la luna sobre la mar picada.
Venía rumbeando el Almirante
después de descubrir la Tierra Firme,
bautizada del río que según su creencia
nacía en El Paraíso.

Paseó los Jardines de la Tierra de Gracia,
enfiló por el Golfo de Paria rumoroso
y amaneciendo el día 15 de agosto
penetró en el Mar de los Caribes,
que al verse sorprendido
de las descubridoras naves
irritado creció de altas espumas,
sus corolas deshizo entre las olas
que iban a morir en los costados
de los navíos invasores.

El virginal estrecho fue violado
por agresivas quillas
para un descubrimiento de islas amorosas
arrulladas del viento en cuna móvil
entre todas, flor y mariposa,
a estribor de la nave capitana
extendía sus pétalos de aire
puso a volar sus alas en azul

para atraer la voz del Almirante
que la nombró con nombre: MARGARITA
princesa de la mar, flor de las islas.

A lo lejos la Isla se divisa
esmeralda esplendente sobre las altas cumbres
y en los serenos valles
fresca sombra en reposo,
contrastes con los riscos de la orilla,
pirámide de arcilla y piedra dura,
cemento mineral, crispada arista,
peñasco resistido hasta la muerte
puesto dentro del mar y junto al viento,
armonioso bajel desarbolado
que la ola ni lo balancea ni lo hunde
porque su ancla de sombras en el agua
lo inmovilizó para los rumbos
y lo dejó dormido
para que el mar batiera sus costados
eternamente,
pedestal en el tiempo detenido.

No posó su planta el Almirante
sobre las playas de La Margarita,
"Isla muy bella y graciosa por de fuera
y por dentro hartó buena" como dice Las Casas.
Sin embargo a Cubagua,
la calva tierra inhóspita,
hizo bajar marinos...
Volvieron cargados de aljófares,

que le hicieron decir con voz quebrada:
"Dígoos que estáis en la más rica tierra,
démosle las gracias al Señor"
y enfiló por la costa
hasta el cabo que después se llamaría La Vela,
poniendo rumbo franco
que lleva a la Española.

Cuando llegaron los descubridores
los guaiqueríes, juzgándolos aliados
contra sus enemigos, de paz los recibieron
porque su diezmada tribu sólo eran
"los que quisieron sobrar los caribes".
Los navegantes de las blancas naves
de velamen flamante junto al viento
violaron la confianza de la indiada infeliz.
Pedro Alonso Niño, Cristóbal Guerra que fueron compañeros
tal como Hojeda, Américo Vespucio, Juan de La Cosa
eran aventureros, buscadores de perlas
que los indios les dieron generosos,
pero los apresaron en sus barcos
para venderlos luego como esclavos
que morirían distantes
secas ya sus telúricas raíces.



¿EN DONDE NACE EL MAR?

La mar que es el morir

Jorge Manrique

“Antes que el sueño (o el terror) tejiera
mitologías y cosmogonías,
antes que el tiempo se acuñara en días,
el mar, el siempre mar, ya estaba y era.
¿Quién es el mar? ¿Quién es aquel violento
y antiguo ser que roe los pilares
de la tierra y es uno de muchos mares
y es abismo y resplandor y azar y viento?”

Jorge Luis Borges

“El mar, encerrado en un dado,
desencadena su furia o gota prisionera,
corazón cuyos bordes inundarán al mundo
y sólo pueden contraerse con sus sonrisa o límite.

(...)

El mar o pluma enamorada.
o pluma libertada,
o descuido gracioso,
el mar o pie fugaz
que cancela el abismo huyendo con su cuerpo.”

Vicente Aleixandre.

La mer, la mer, toujours recommencée.

Paul Valéry

A Orlando Araujo, que identifica
el llano con el amor.

¿De dónde viene el mar? ¿En dónde nace esta furia disuelta?
¿Dónde tiene su nidal escondido para empollar las olas,
lanzar sus corsarios al ataque, sus alas presurosas,
sus implacables garras, su pico demoledor de acantilados?
¿Dónde termina el mar? ¿Dónde descansa?
¿Le pone fin la tierra o es apenas su lugar inicial?

¿Dónde termina el mar? ¿Es acaso infinito?
¿Dónde comienza su afán desapacible, su acoso destructor?
Sólo sabemos que la vida en él se renueva y multiplica:
Peces, crustáceos, moluscos; lo infinito pequeño que se
[aquieta
es isla de coral, calcárea forma que miríadas de cadáveres
[apeñusca,
la silente tarea tejedora del tiempo que no cesa
en el cirial es arbórea estructura deshojada
de alba espina en que enredan las algas.

La coloreada escama, los afilados dientes: tiburones, sardinas,
[delfines,
carne, aceite; las gemas del fondo en el ostral acendradas,
crin salvaje azotada por el huracán, desbordada catarata en la
[tromba,
arrullo sólo en la arena de la playa, tobogán de la brisa,
subeibaja en la marea que llega y en la que se retira.
En la estela se borran los rumbos del hombre

que con la rosa de los vientos entre las manos navega
o afirma en el vuelo de las aves el camino que un lucero
[señala

La gaviota vigilante con alas de flecha enarcada,
el tardo alcatraz que se mece en la ola,
las aves pasajeras que navegan en el azul contra el azul en
[vuelo

con murmullos de plumas van y vienen
y sólo de una tierra a otra se encaminan, golondrinas viajeras
mudando de estación, cambiando clima,
mientras en la deshecha sal se yergue brilladora flor de
[pétalos sonoros,
golfos, puertos, ensenadas, son sitios de llegada, lugares de
[partida,
pañuelos en el aire y lágrimas furtivas, como la mar amargas.
La plomada del sol funda su muro en la acre autonomía de la
sal.

Mar de la historia acumulando asombros, desatando los
[sueños,

si te cruza la hazaña de la aventura ignota
sobre tu piel rasantes carabelas son mensajeras de los
[continentes,
Núñez de Balboa que inventa un mar que va y viene de
[Australia

con su carga de muertos, vigiliass y naufragios,
Magallanes sembrado en un estrecho frío con aguja de tierra
y Simbad que anima la imaginería de los niños
en sus barcos fantasmas barridos por el agua y el viento,
arriba una esperanza que fulgura en las velas,

abajo sepultura sin urnas y sin losas tatuadas de recuerdos
en la fría soledad trepidante de noches y de días.

¡Mar celeste marino!, te visita la luna, te circunda
zozobrando en tu piélago cuando clava sus cuernos
con estridente grito de metal deslustrado,
te hostigan las estrellas con su canto resonando invencible,
el viento que no cesa va contigo a los litorales del mundo,
acunas en tu seno a mi Isla, Margarita sonora,
cascabel en la cresta de las olas que llegan cantando
rumor sólo en el viento con aquellas que parten.

Cuanto tocas resuena con nota desatada y armoniosa:
bocina, caracol, acantilado, espumas,
las quillas crujidoras, las jarcias remecidas;
crepúsculos de sombras vacilantes gritan como doncellas
[sumergidas,
auroras de incendiadas trinitarias son risas cristalinas que
[disipan las sombras
disueltas en tus aguas por el betún espeso de la noche.
Tus manos de milenios hacen vibrar cuerdas de las bolinas,
la marinería afanosa, de timones, de remos y de brújulas
cuando van a la playa llevan la sangre resonante de llamas.

Todos los seres que alientan en tu seno concentran su latido:
la ola marca un tiempo remecido que no cesa,
sobre ella va la vida sobrenadando espumas con rielar de
[metales,
su lamento desgarrado sobre la playa inhóspita resbala;
el vuelo es un celaje de plumas en acecho
desplegado sobre la cauda tensa de tus altas mareas,

pescadores untados de salmuera en red de sueños pescan
plata escamada con coplas y canciones tremolando en la
[brisa.

¡Viejo mar sempiterno! Tu vencedora cuadriga,
en la carrera loca que levanta su polvo de olas
descansa en estas playas sonoras de alba, rumorosas de
[trino:
mañana es otro día para tu largo viaje.

Descansa en estas playas doradas de mi Isla,
bebe aquí los crepúsculos, las auroras más claras.
Esta almendra de piedra tiene dulce la entraña y la cáscara
[azul,
acaso es hija tuya o es la hija del viento.

LA NADADORA

*A la memoria de Dámaso García, que
escribió la música para este poema.*

La herida que su cuerpo
abrió en la zambullida
la restañó la ola,
zurcidora sin hilo.

Se fue hacia el fondo azul,
entre el bosque marino
y los peces atónitos,
sirena deslumbrada
con los ojos cerrados.

Caracola del mar,
estrella sumergida,
entre las madreperlas
y el musgo de las rocas
se enredaron sus piernas,
sus manos, sus cabellos,
raíces submarinas,
semillas de la muerte
que entre algas florecen.

En el fondo recóndito
donde el ¡ay! no resuena
ni el grito tiene eco
todo el silencio cabe
en su boca entreabierta.

El cuerpo que era apenas
remolino en la ola,
grácil forma en el aire,
ahora es ancla fija
al bajel de los rumbos
hacia la eternidad.

Se izará para el viaje
al mundo de las sombras
de las aguas tranquilas
donde nada el olvido.

LAS DADIVAS DEL MAR

A Mariela Arvelo

Te dejó el mar en los ojos
viento salino en lágrimas cuajado
y un miraje de azules y esmeraldas,
puso en tu oído, sonoro y musical
canto de ola con rumor de espumas
deshechas al contacto de la arena.

Y te sembró ambición de inmensidad,
horizontes abiertos, lejanías, distancias,
profundidad de sueños, altitud de luceros,
y ese rielar de luna, plata sobre la ola,
resquebrajado espejo en el agua deshecho.

Mi mar, tu mar, sereno para el viaje;
de la nave en el puente, pensativo,
soñar, soñar y en la distancia quieta,
encontrar, encontrándose,
el objeto final del viaje y del regreso.

ISLA DE COCHE

*A la memoria de la doctora
Carmen Verónica Coello*

Desde el barco en la proa
mirábamos distante
hilos blancos de arena.

Sobre la mar avanza la nave marinera.
En aguas de esmeralda sumergida,
cual ballena tendida entre las olas
se anuncian los repechos de la isla.

En la cercana playa columbramos
el brillo deslumbrante de un desierto de sal
con miseria de pueblo sembrada en los costados.

Desolada visión del mundo de la espina,
de veredas tortuosas dentro de la maleza,
que llevan con el viento en la arena reseca
un pálpito de angustias a morir en la playa.

El grito desgarrado se deshizo en la brisa,
la palabra era un eco del corazón dolido,
canción para los sueños sin espera...
y tú poniendo aromas sobre el viento salino,
regadas de mi mano sembradora,
canto de rosa en desgajado pétalo.

SOBRE LAS OLAS

A Elisa Pinedo de Belisario

Despabilando el sueño,
con los inmensos ojos
puestos en la distancia,
se fue tras del recuerdo,
buscándolo en el mar,
sonoro caracol, concha marina
remojada en la espuma,
celaje junto al cielo,
rumor sólo en el viento
musical de la playa.

EL CARACOL

A Manuel Alfredo Rodríguez

El caracol marino
se tuerce en espiral
dentro del cuenco de nácar barnizado
donde pasa la vida
para que el mar no le penetre
ni le claven sus clavos las estrellas
la luna cuando sale
ni el sol cuando se va.

EN LA PLAYA

A Leopoldo Espinoza Prieto

Las olas se despeñan,
azul con alba en los flancos,
dicen la canción del agua
poniendo sal en la arena
de la playa.

Ritmo de tambor y viento,
bañado en crespos de ola,
retumba el acantilado
cuando la mar turbulenta
va a la playa.

Arena, polvo dormido
apuñado de la duna
fue de ola bautizado,
antiguo regazo tierno
de la playa.

Mientras el viento cabriola
la resaca va hacia afuera,
juegan los niños nadando
y correteando se juntan
en la playa.

Huecos de la cangrejera,
huellas de aves marinas,

caracolas descarnadas,
conchas y algas dispersas
en la playa.

Y tus pasos con los míos
van y vienen sin juntarse,
en la arena se suplantán
y nos los borra la ola
en la playa.

Tibio sol, brisa marina,
marullo salobre y tierno
con espumas y encajes
que tejieron nuestros cuerpos
en la playa.

PLAYA DE EL AGUA

A Estilita Rojas de Torcat

Frente a la mar, contra el viento,
ola con ola chocan,
agua con agua lidian
y enarbolan espumas en la copa,
blanca estela en el móvil safiro.

En la orilla abanican palmeras
con ruido de alas presurosas
y a lo lejos, incendiada amatista,
Guayamurí alza la testa.

El marullo aligera su peso,
y en la playa se sollaman
iridescentes conchas de moluscos
algas, maderas, peces muertos,
que alimentan el hambre
de las aves de luto.

En un ímpetu loco
la ola resonante
despeña el farallón,
empuja a la ribera
pero no le remueve las raíces.

Las dunas desoladas
de polvorosa sombra

oscurecen el aire
cuando sopla del mar
y un silbido agreste
recorre el medanal.

El cerco de los pueblos:
Manzanillo, La Mira y Aricagua
acunados en la falda de los montes
bajan para mirarse entre las ondas,
de cristalina sal con sol y viento
el rostro que tatuara la ventisca.

La brisa vuela hacia la otra orilla
en donde tú me esperas
y te lleva la miel de los cicales,
agua celeste en el sellado vaso.

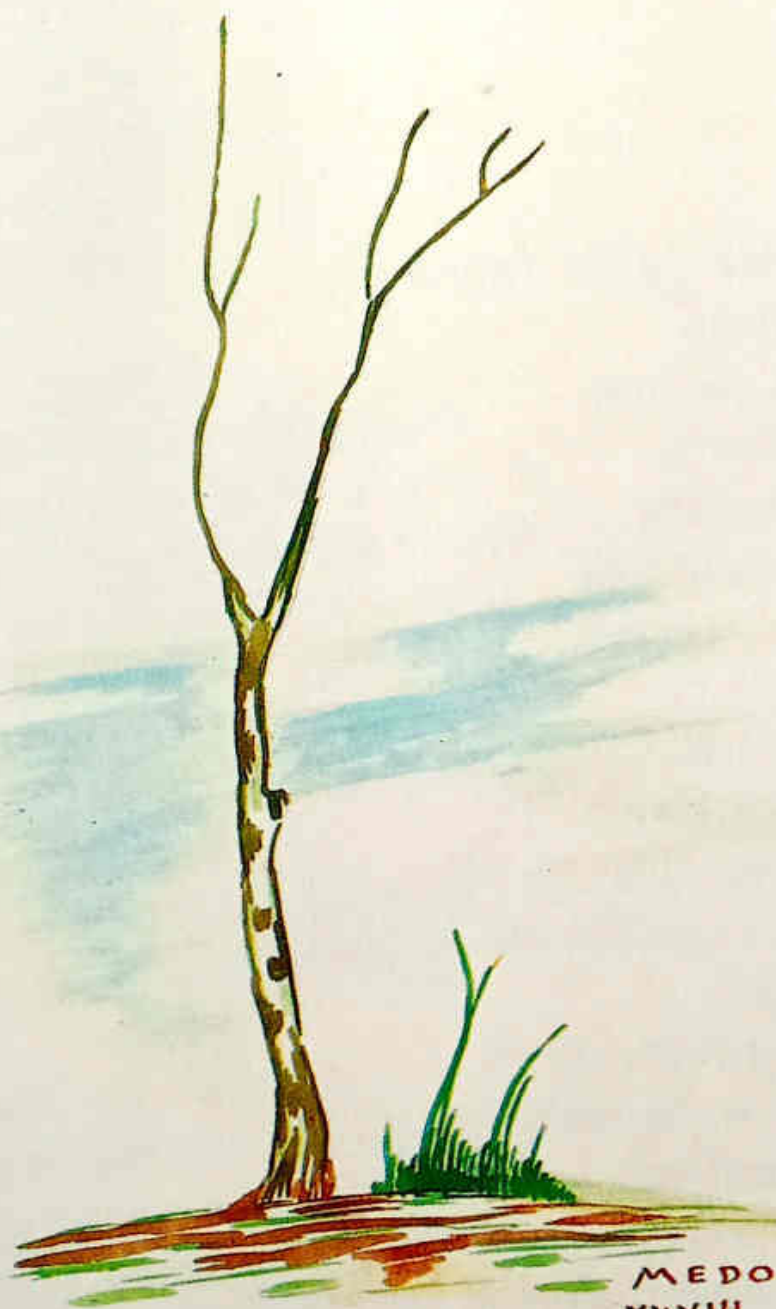
En este oleaje enrevesado
la serena quietud del pensamiento
en la vigilia sueña navegación y viajes
y en el sueño vigila el desembarque,
que trae, alba espuma,
tu voluble pañuelo con adioses.

TARDE DE MANZANILLO

A Cecilia

En la playa desierta de faenas
marchamos juntos
tomados de las manos.
Turistas pescadores
tiraban sus anzuelos
con carnada inventada
que los peces no pican.

Distantes de la orilla
las lanchas pescadoras
balancean su vacación inútil
mientras en los caneyes de la playa
las redes apiladas
sueñan su sueño hilandero,
sueñan cardumen de escamas,
en el silencio sueñan
con voces confundidas de hombres,
de mujeres que halan de las cuerdas
arrastrando su peso hasta la playa;
sueñan que extendidas en las estacadas
con el aire la sal se evapora
quitando el frío a sus ateridas mallas.
La red desfaenada
sueña remiendo de aguja diligente
en su estructura de aire
herida por los peces.



MEDO
XXVIII

Lenguas de fuego arden en la altura
de violetas, rojo y naranja con azules,
abajo los montes tornasoles
mientras la mar refleja en su quietud discreta
la luz bañada en su espejo de sal:
en las laderas el silencio enmarcado
repite el eco de luz colada desde arriba

De los uveros del barranco
gotea el trino de paraulatas cantarinas
en un concierto agreste
que respondían los montes
con la voz de sus pájaros.

La insistencia del canto
desgrana su luciente pedrería
sobre el eterno arrullo con que se expresa el mar;
la orquesta magnifica sus colores
y trinos y paisajes son un iris
de armoniosa armonía
que rima con la ola
la trémula canción crepuscular.

El fogón de la tarde fue extinguendo sus llamas,
una luz mortecina invadió todo el ámbito marino,
los cerros en ringlera como un collar de cumbres
parecían marchar bajo la sombra
a perderse en El Cabo,
pero allí el trueno de la ola
que rompe en los peñascos
cierra el paso
y la Isla se queda en alta mar.

En el ritmo del viento que corre
las nubes teñidas
se van esfumando;
y viene del fondo
la sombra sigilosamente,
corre sobre el mar,
destiñe los cerros.

Nosotros, tomados de las manos,
subimos el repecho
en busca del retorno.
La noche
nos envolvió el regreso,
pero íbamos plenos de luces y reflejos,
de trinos y silencios
y de una paz recóndita
que nos trajo la tarde marinera.

LA MAR ENLUNECIDA

A Mario Torrealba Lossi

Noche de claridad alegre,
la luna se efunde sobre el mar
y se siembra en la arena
como alga rutilante.

El dulce reflejo cristalino
se disuelve en la espuma,
canta su canto diáfano
que se va con la brisa
para regar frescura
en el valle dormido.

Reverberantes pululan las estrellas,
y se clavan sonoras en las conchas marinas
espejeando la playa
que resuena de luz.

Trémula luz difusa
en pálidos esguinces parpadea
entre sombras pasajeras confundidas
y teje su tejido de jazmines
en el plateado círculo del viento
que se mueve entre olas y palmeras.

Evadida del mar
la luna se proyecta sobre el monte,

los cerros son fantasmas
caminando en la noche
con fanal en la mano.

Todo está iluminado
en la solitaria soledad del valle
de paz resplandeciente en las conciencias.

El tiempo de la luna
es tiempo de la noche,
resplandece en el sueño
y duerme con el alba
cuando ya en otra lumbre
se alza entera la vida
y recomienza el hombre
su tarea interrumpida.

Mañana es luna llena,
será grande la luna,
esperanza crecida
se deshilacha luego
en un cielo de brumas.

Luz sobre luz que amanece,
luz sobre luz que se va
en el perenne tránsito
de noches y de días,
de luna pasajera,
el hombre forja el sueño
y vive en cada hora
su afán de eternidad.

¿CUAL ES TU CAMINO?

Al poeta Carlos Augusto León

En el restallante
camino de la ola,
en la cresta más alta
brota la espuma
como flor silvestre,
la atraviesa la luz,
con irisado brillo
rielan los colores de la aurora,
sus pétalos de aire
se deshacen sonoros
cuando tocan la playa.

En la mojada cuna
donde crece la sal
se destacan los rastros
de cangrejos errátiles
que cavan sus guaridas
en el linde del mar.

Los tuyos ¿hacia qué rumbo fueron?
He seguido tus pasos en la arena,
la ola los borraba a grandes trechos,
por eso nunca supe
el destino final de tu camino.

EL CORAZON DE LA ESPUMA

A la poeta Elena Vera

El corazón de la espuma
va creciendo en la noche,
crepita con el viento,
palpita solo y claro,
sonido de campana
que repica en la aurora,
su latido se crece
mecido entre murmullos.

HUELLA EN LA ARENA MOVEDIZA

A la memoria de Miguel Otero Silva

El río sin fin que a cada hora
se renueva y es otro el mismo río,
de luna y sol, de árboles y pájaros
espejo cierto y claro con el día.

Estrellas en la noche y turbia sombra
pasan silentes sin cambiar el curso,
mientras van por la orilla pena y canto
con un vago rumor entre las hojas

que es otro modo de pasar la vida
sin renuevo en el sueño consumida,
en la vigilia tornadiza forma
de encontrar el camino sin retorno
de arenas movedizas donde marca
huella tenue que borrará la brisa.

LA ROCA

A Manuel Mandujano

No sabe el mar que es mar
hasta que irrumpe
su inquietud en la roca,
cuchillo de afilada cortadura
y se deshace hirviente
la blanca vestidura.

EL PEÑON

A Adriano González León

Oscuro monolito
erguido junto al mar,
estatura gigante
de sol y agua combatido,
intrincada hiladura,
eternidad y muerte entretejidas
con aguja de viento.

Polvo sutil flotando en nube tenue,
casa del tiempo, su arquitectura inmóvil
playa extendida,
lecho de mar celeste,
una orilla del Mundo,
desvanecido orgullo,
enarenada huella.



MEDO
XXVIII

DE ISLA EN ISLA

A José Salazar Meneses

¿Por qué luz indecible nos unimos?
la luz de Coche
con la voz del mar
en apretado lazo nos amarran.

Sobre el estrecho rumoroso
que separa las islas
el viento silba y canta,
atropella las voces,
las palabras se pierden
y regresan
sin tocar los oídos.

La salina espejea distante
y hace salobre el viento.
La mar de verde y verde
pone a correr los peces
entre los limos ocres
que se enredan salvajes.

De mar a mar
la espuma de la sal
que al cielo sube
es cálido respiro,
suspiro marinero de la ola.

Con el viento se va
la nube errante,
en la playa amarilla
el remolino crece,
en el polvo sutil
que se derrama
va el recuerdo
que diluye su órbita
redonda
entre azules de sueños
sin distancia.

Provincia de las tierras separadas,
islas de la vigilia
entre la mar crecidas,
ríspidas tierras
de piedra y greda,
rocas desnudas,
calcáreas formaciones calcinadas
de cardos y violetas en la aurora.

En la triple hermandad reverberante
empolladas del huevo de una ola,
una para el amor
creció en amores
otra para la sal
creció salada
de soledad Cubagua
es solitaria.

Separadas del mar
el mar las une,
entre azules y verdes tornasoles
la brisa las saluda y las despeina,
las enjuga en su aliento marinero,
frescas de noche,
abanico de fuego al mediodía,
brisa brisando sobre el mar respira
prendida entre una nube de amaranto.

La cruz de sus caminos
se hace red
que se mete en el mar,
convoca la marina pajarera,
pesca a los pescadores,
dorados en el sol,
brillantes de la luna,
salados de tu sal,
polvo de playa azul,
encajes de la espuma.

Hila el día su copo de diamantes
extendido en el azul deshabitado
con un soplo de brisa,
polluelo que en el nido ensaya el vuelo
para cubrir de alas
el incendiado bosque de las nubes.

La mar debajo crece
en alas y murmullos,

el viento nos navega
y nos empuja,
hacia la orilla vamos
donde duermen las redes
de labores de agujas remendadas,
por manos diligentes del regreso
desde el salto de peces en las cuerdas
del cardumen de plata
traído hasta la playa.

Semilla de la noche
junto al día
la nube se detuvo
entre dos cumbres:
Guayamurí sonoro, Matasiete,
derramó su caudal
gota por gota.

Creció la yerba,
flores escarlata,
amarillas y lila,
pedrería derramada,
brotaron de mil copas
bajo un cielo de añil resplandeciente
con sus voces de selva remojada
en un temblor de lluvia amanecida.

Sobre cardos de espadas,
vigilantes,
se echaron a dormir,
la tarde a cuestras,

en un salto de cumbres luminosas
los sueños de crepúsculos.

Capitán del sueño abarcador,
indefinible
de isla en isla
y de amor en la brisa remecido,
pasa tu nombre
entre sombras y nubes y distancias,
recuerdo del recuerdo en la querencia
del que se van sin irse
y nunca llega,
islas ancladas
entre la mar y el viento.

EL SABOR DE LA OLA

Navegando en tus ojos un amoroso viaje,
refriegas del amor, paisaje y ola,
marinero en un lago sin querellas,
me sentí piloto de una nave
cargada de luceros.

Remeros, nuestras locas ilusiones
hundidas en lo azul de mar y cielo,
nos empujaban al confín distante
mientras la brisa murmuraba cantos.

De la ola el arrullo cadencioso
se constela en la lumbre de tu nombre,
mientras vela, velando tu regazo,
henchido de latidos mi pecho marinero
ponía entre tus brazos tempestades de anhelos.

Desbordada la mar sobre la nave,
estela y ola me llovió a la cara
y mi labio sorbió pura y salada
el agua de tu mar hecho de lágrimas.

Del amoroso viaje navegando en tus ojos
guardo el dulce recuerdo de tu nombre
grabado en el costado de la nave
y el sabor de la ola que me bañó la cara.

LA PRIMERA LLUVIA

A la memoria de Francisco Prieto Salinas

Con el sol despejado a medio día
venían en tropeles las garúas,
se fue cerrando todo en nubes negras,
relámpagos y truenos en el aire
que llevaba veloz un olor nuevo
de la tierra anegada y sudorosa
bajo el riego del cielo desgajado.

Primeriza corría brisa fresca.
Al bautismo pluvial de los tejados
la tradición invita al chapuzón celeste
chapoteando con manos y cuerpos
para espantar la angustia dilatada
crecida de esperar y esperar
oteando las nubes pasajeras.

La cortina penetrable de la lluvia
convocaba a danzar entre sus hilos.
De la mano saltábamos los niños
remojados los cuerpos desnudos
con alborozo claro de renuevos
que suave sienten el rozar del agua.

La calor del ambiente se atempera,
la caricia humedecida cala,
desparramada las grietas penetra,
se escurre entre las hierbas temblorosas,

lame guijarros cantando, cantando
mientras cimbra la brisa la hiladura
tejida en sus móviles cendales.

Manos tendidas hacia los aleros
como huecos vacíos entrejuntas,
rociaban la cara, el cuello, el pelo
cual si fuera perfumada esencia,
pero era tan sólo el agua pura,
transparente, de la primera lluvia.

Al final de imprevisto chaparrón
sobrenadando el despejado ambiente
inmóvil arcoiris se levanta
festonando los valles remecidos.

Semillas en el viento son los niños
florecidos en cantos armoniosos,
el agua taumaturga espeja el suelo
en claros cilancos que cabrillean
dormidos en la noche con estrellas.

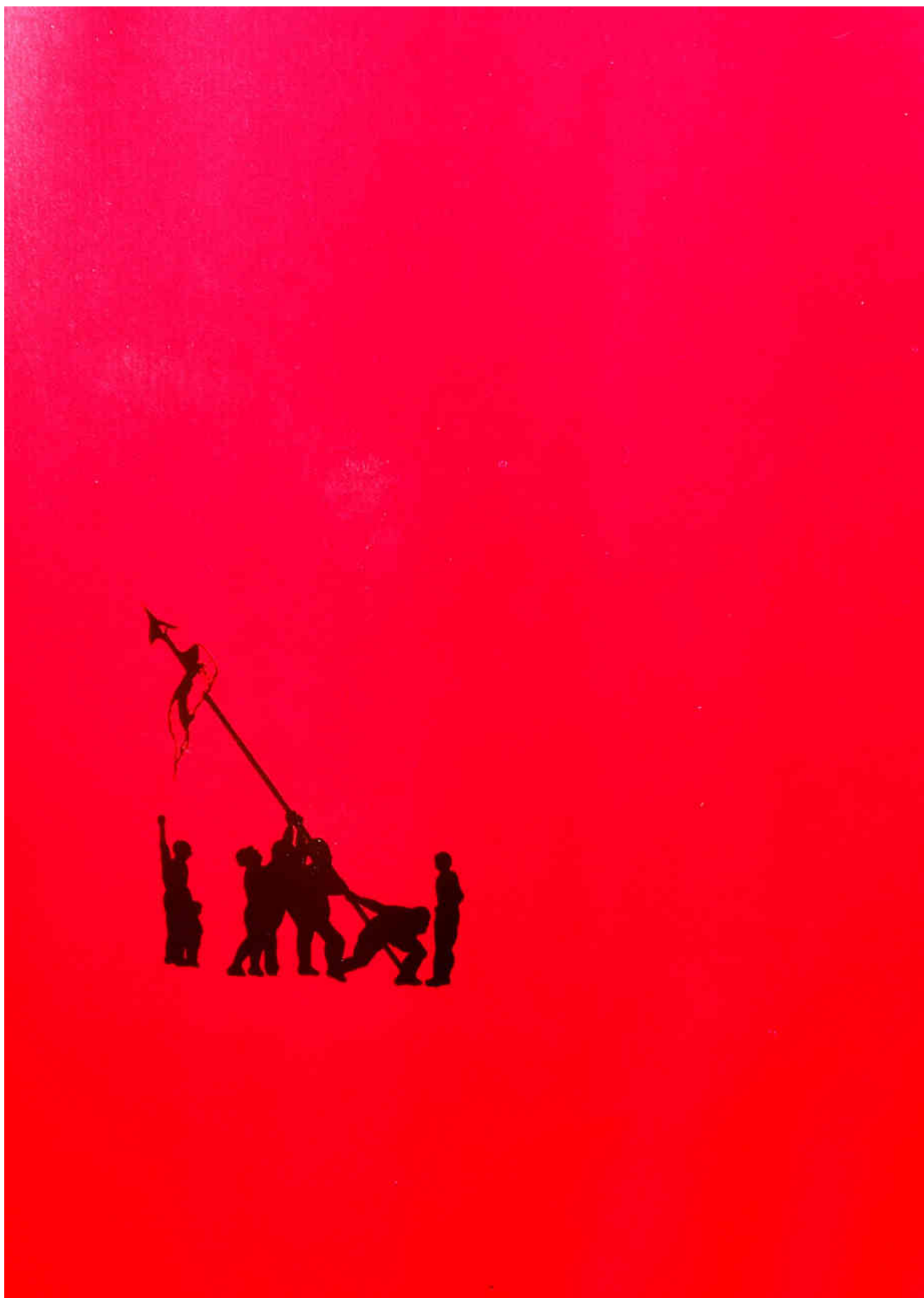
LA BRISA (*)

La brisa, cuchillo hiriente
el filo afila en la piedra
junto al borde de la fuente.

Corta la rosa del tallo,
la frescaroma se lleva
para la fiesta de mayo.

Tallo, rosa, clara fuente,
tus cabellos en la brisa
volando sobre la frente.

(*) Música de Modesta Bor.



SIEMBRA MI SUEÑO MARINERO

A Inocente Carreño

¡Marinero!

Yo soñé que mis sueños
son semillas
de prolífica espiga,
para una cosecha
en grano molinero
del pan de cada día.

Semilla germinal
que el viento resucita
cuando mueve amoroso sus pestañas
en el bosque de sombras
que acompasan el ritmo
o brillan bajo el sol.

¡No te asombre!
El sueño es la promesa
que está en la sembradura.
Por ello te pido, marinero
sembrar mi sueño,
cerca del mar
al claro resplandor de la mañana.

Siembra mi sueño, marinero
de una isla de azul
donde el viento acaricia,

donde los marineros
comen su pan al rescoldo del fuego
y cantan malagueñas
polos y estribillos
porque vino cardumen
y habrá pescado fresco
para todas las hambres.

Las mujeres sonríen
mojando el pie en la ola,
los niños juegan en la arena
y el sueño va creciendo
así como ellos crecen
y uno tras otro día,
alegre, la playa se ilumina.

Siembra mi sueño, marinero
de una isla de azul,
de viento amigo,
trabajo compensado
con descanso después de la faena,
sin sumisión del sueño
ni derrotada imagen,
libre la voz,
cordial la mano amiga,
frente a horizonte abierto
señera la esperanza.

¡Siembra mi sueño marinero!

DESCUBRIMIENTO DEL AGUA

A la memoria de José Ramón Luna

Retozaba en el bosque
junto al río,
oía cantar el agua que bajaba
como si fuera trino
de pájaro montuno.

La calor le subía por la cara
que se asomaba movediza
en la corriente;
juntó las manos
como taza de dedos
puso a correr el agua en las mejillas
que resbalaba fresca,
y se metió por los labios resecos.

Llenó otra vez la taza,
los labios tostados se tornaron frescos,
la saliva fluía,
el agua fue hacia dentro
como si se enterrara
y con ella se enterró la sed.

Agua y sed se murieron en la boca:
¡había descubierto el agua!



CESAR PRIETO

EL VIENTO EN LAS ALAS

"Todo en el aire es pájaro"

Jorge Guillén

*"El pájaro ha venido
a dar la luz;
de cada trino suyo
nace el agua"*

Pablo Neruda

*¡Qué primor! ¡que pudor y que exquisito,
el del pájaro simple y soberano
que ni pide ni sufre espectadores!*

Miguel Hernández

NEBULA



EL ALCATRAZ

(*Pelecanus occidentalis*)

A Ramón Borra Gómez

Largo el pico,
como punta aguzada
del elástico cuello,
corta la cola,
cuerpo deforme
que en pesado vuelo
la amplia envergadura de las alas
hace sombra en la ola.

La pupila avizora
atisba desde arriba
sobre el mar que se mueve sin reposo,
y cuando inquieta salta una sardina
zambulle entre la espuma,
llevando el pez de plata
como brazo de cruz
del pico pescador,
el alcatraz.

EL GUANAGUANARE

(Larus atricilla)

A Alfredo Boulton

Vuelo entre gris y plata,
el reflejo del sol
espuma el ala.

LOS TIGÜITIGÜES (*Tringa melanoleuca*)

A Modesta Bor

Tan leves como un soplo,
delgado pie ligero,
ala sutil al viento
cuando van a la playa.

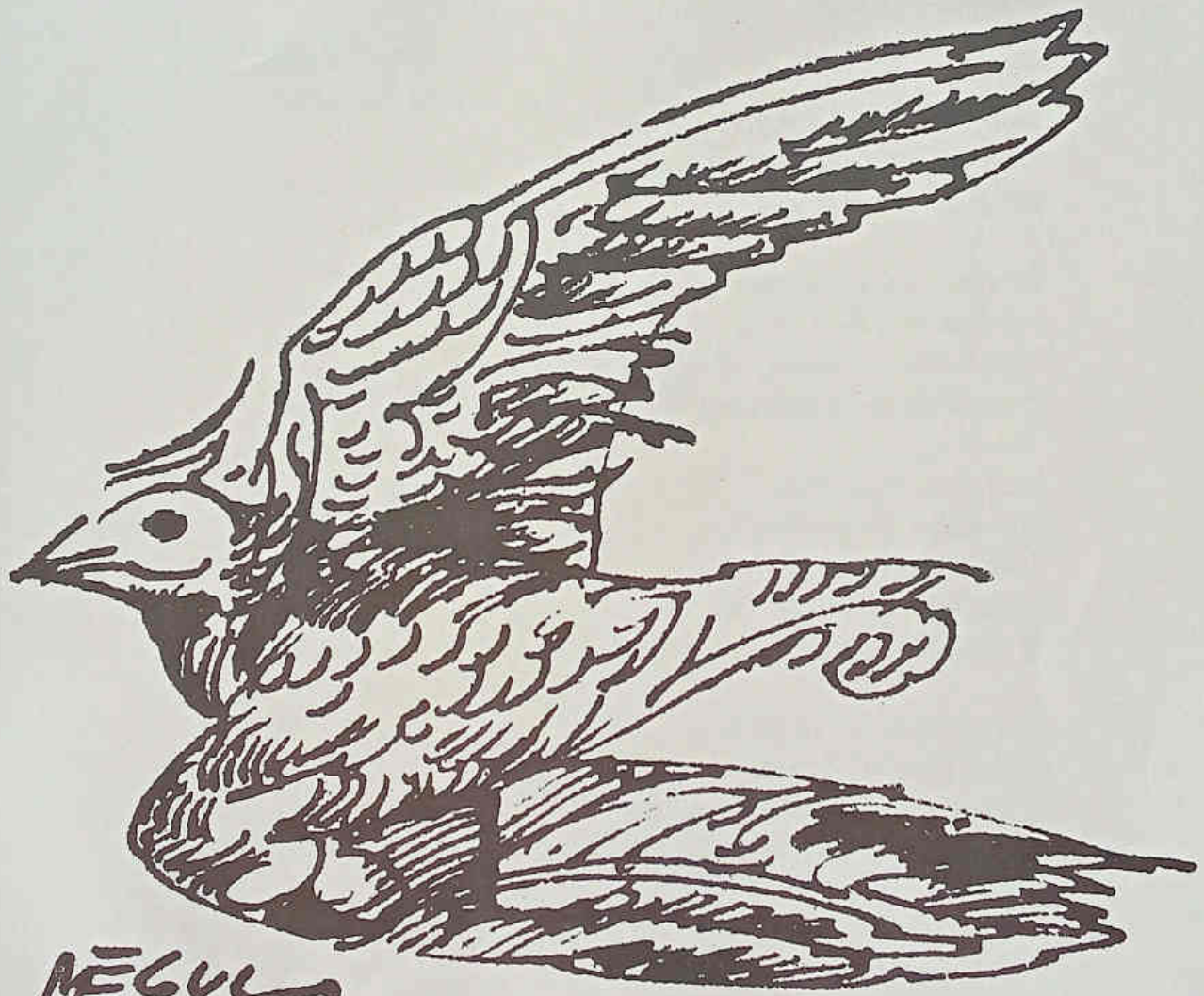
Marcan apenas huellas,
tras cada ola corren
picoteando en la arena
sobre el borde del agua.

Como voz de señal
suave graznido suena,
la bandada levanta,
obedeciendo al mando.

Se alzan sobre la espuma
casi rozando el ala
y vuelven a la orilla
a seguir correteando.

Apenas una gota
emplumada en el viento,
el ruido de sus alas
es murmullo de brisa.

¡Liviano tigüitigüe!
entre todos los pájaros
tu estirpe no se mide
por la altura del vuelo:
es tan inmenso el mar,
eres tú tan pequeño
que de cerca lo mires
acaso menos grande.



MEGUL

LAS CHIQUIAS

(Azulejo: *Thraupis episcopus*)

Al poeta Efraín Subero

Una nube azul de alas
va a posarse en las ramas
del jobo de la plaza.

Se desintegra en pájaros
verdiazules de vuelo,
río de luz corriendo en el plumaje
irisado de sol mortecino.

Hay una algarabía
que gotea de las hojas.
Todo el ambiente vibra
hasta que con la noche
el silencio se mete en las gargantas.

Despiertan con el alba,
en las alas el viento,
el azul prendido en sus azules:
en las gargantas que alojó el silencio
la mañana fulgura de trinos.

LAS ANGOLETAS

(Tordo: *Quiscalus lugubris*)

Al poeta Francisco Lárez Granada

Fenece la tarde,
escorada del mar.

En el crepúsculo,
volando contra el viento
se anima oscura sombra
con alas extendidas.

Van al cobijo del árbol
con arrullos de sueño.

Sobre su noche
se cierra la noche.



LA PARAULATA

(*Mimus gilvus*)

A Fernando Cervigón que regaló a
la Isla su libro Paraguachoa.

En el aire de múltiples confines
alada gira brillante orfebrería.
El canto ensaya sus variados tonos
y se colma de asombros la campiña.

Un pájaro sutil de gris plumaje
posó sobre una rama el ágil vuelo,
ensaya su canción indiferente
al oído que vibra con su ritmo.

La paraulata, rumorosa onda,
viaja en el canto puro, luce sola.
Nadie turba la armónica presencia
que floreció su canto bajo el cielo
de trizados cristales sonoros
esplendente en azul su serenata.

EL COCUYO

A Margot de Oropeza Castillo

Furtivamente
penetró en mi cuarto
la intermitente lumbre,
fosforescente,
mensajero luminoso
de los montes cercanos,
faro para el sueño interrumpido
en la callada sombra.

Recorrió el espacio oscurecido
alardeando luz inagotable
y se perdió en la noche,
otra vez a los montes
el visitante mensajero.

PARAULATA EN LA ESPINA

(*Mimus gilvus*)

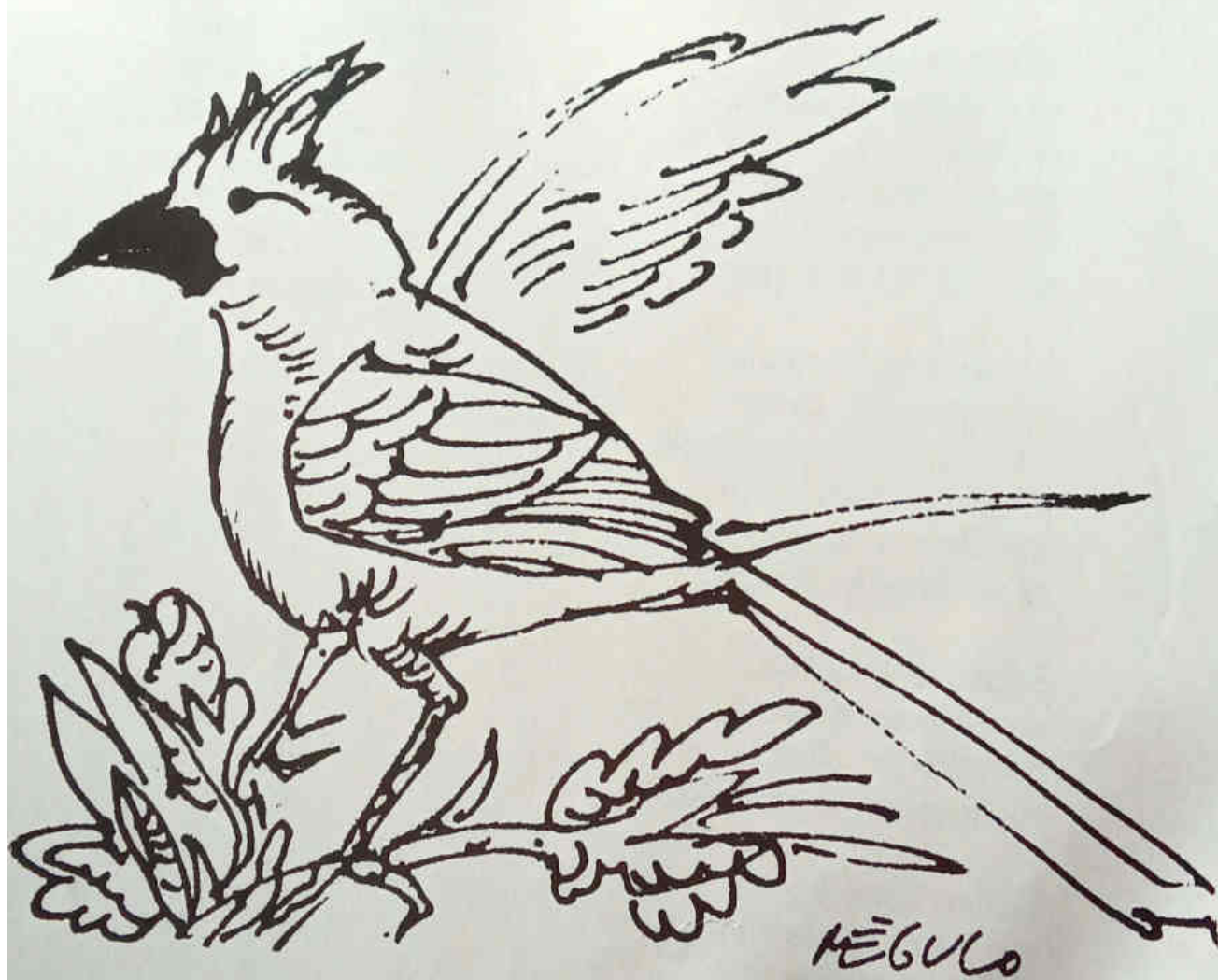
Al poeta Otón Chirino

El trino crece,
se acompasa y diluye;
la débil rama,
estancia temblorosa,
no siente el peso
que aligeran arpegios.

La mañana, el viento,
el cielo, giran, cantan
con el mágico espectáculo
del emplumado ritmo
que floreció en gorjeos
la verdura del bosque.

Minúsculo, liviano,
por el canto se eleva
hasta divina altura
suelta ya su clara melodía.

Rumor tan sólo
que en el viento sube,
trino entretejido
del cardonal reseco
que a la espina
agresiva pacífica.



EL GUAYAMATE

(Cardenal: *Cardinalis phoenicius*)

A Ramón Avelledo Hostos

Pájaro libre de las tierras resacas
la flor del flamboyán sobre la brisa
planeando en las espinas;
ancho pico de carbón,
ojos indescifrables,
su cuerpo leve se cubre con la mano
pero el color del matorral
sin él es desvaído.

En la mañana brilla
su plumaje de grana,
su penacho de fuego va en el viento
y cuando pliega el ala
y se inician los trinos
él sólo dice pis
y se pueblan de rojo las espinas.

Este pájaro raro
no canta en dulce tono,
de airoso paso
es su fulgor de llama
que camina en el viento
o entre los resacos cujisales.

Junto a la paraulata y los turpiales
que cantan armonioso
humildemente tartamudea una nota
y todos saben que su roja flama
es incendio en las voces de los pájaros.

Su indomable bravura no se aquieta
cuando está en cautiverio,
la rabia lo entristece
y se va deslustrando,
su fogón crepitante pierde aliento
y cuando dice agónico su sílaba
sueña cardones,
pitahayas de corazón sangrante
y con el sueño se le va la vida.

EL COLIBRI

(Trochilidae)

A William H. Phelps, Jr.

Si digo colibrí
no digo ave
de canoro acento
y largo vuelo.

Digo una vibración,
movimiento del aire,
emoción y aliento
proyectados
sobre la flor abierta,
suspendida inquietud
que no se agota.

Si digo colibrí
la palabra no alcanza
a definir la sombra
del ala sobre un pétalo.



NEGULO

EMBRIAGUEZ

(Trochilidae)

A Omayra Reyes Leiden de Texier

De rotunda rosa
colibrí sonoro
de azul transparencia
temblando en el aire
libó en su corola
la miel con rocío.

Volátil de fuego,
ebrio de delicia,
entre el polen sutil
las alas tendidas
hundió la cabeza
quedando dormido.

**CHIRITO
DE LA VIRGEN**
(*Polioptila plumbea*)

A Jesús Rosas Marcano

¡Chirito de la virgen!
Sobre el dedal del nido
reposa tu plumaje
para empollar solícito
los vuelos diminutos,
presencia
apenas presentida
en un hilo de brisa.

EL PAPAGAYO

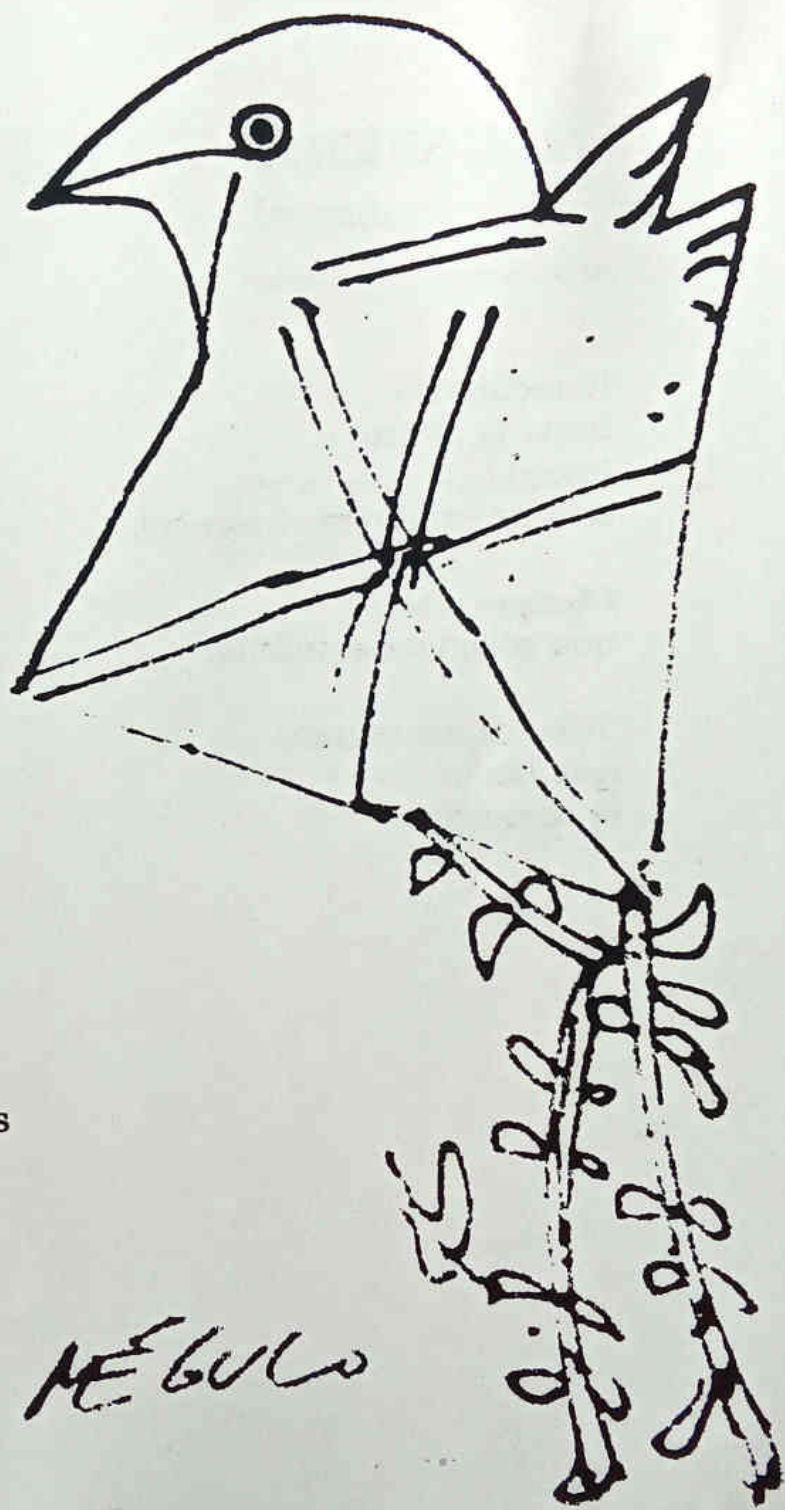
*A la memoria de Gregorio Caraballo,
"el hábil hacedor de voladores".*

I

Librado el papagayo azul y blanco
se elevó con el viento,
se perdió entre las nubes, cabeceando
en el alegre juego de trepar por el hilo.

La cuerda de tenerlo estaba tensa,
segura entre las manos
que le desovillaban las distancias
y animaban la hazaña de la altura.

Y la mano, y el hilo, el papagayo
eran un solo anhelo
de pureza en el aire
compartida con paz sobre la hierba,
donde el ala hace sombra,
cobijo del regreso.



II

Remojado de azul,
puro de nubes,
tirado por el hilo
regresó de la altura
el volador alegre.

Sin alardes de vuelo
se posó entre las manos
que lo tuvieron tenso:
el lento descender
fue el reposo del ave
en el regazo tibio
del cuenco de su nido.

MEGULO

LA GAVIOTA

(Sterna)

Al poeta Angel Félix Gómez

Remontando
hasta la altura
invisible,
sólo un punto en el espacio.

¡Acaso
una pregunta al infinito!

Tráenos, de regreso,
¡gaviota!
la respuesta.

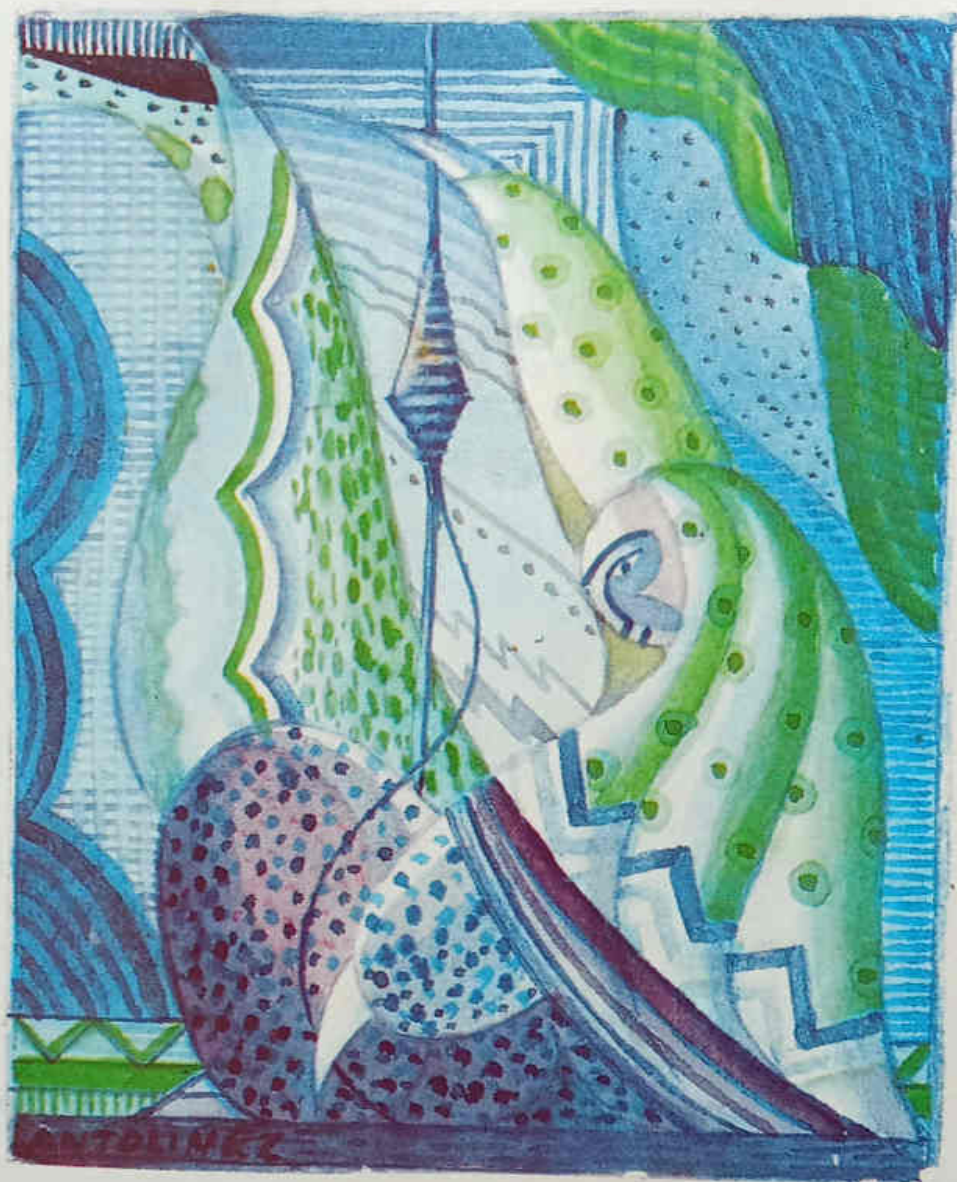
VILLAS, PUEBLO Y CIUDADES

*¿Siglo nuevo? ¿Todavía
llamea la misma fragua?
¿Corre todavía el agua
por el cauce que tenía?*

Antonio Machado

*“¡La Asunción!. Si esta ciudad
llega algún día a morir, sé que
mi alma moriría con ella”.*

Efraín Subero



"Hilander"

(Analogía de colores fríos)

LA CIUDAD, MI CIUDAD

I

Llego a ti, solar de mis afectos
a beber en tu corta geografía
celeste claridad del mediodía.

Tierra de la heredad, arrullo y nido,
donde creció la angustia
y se engendró el destino
de la sangre que llevo entre las venas,
en tu contacto fluye
generoso el anhelo.

Pongo a volar los sueños
crecidos en tu ausencia
para el canto de fronda
bajo el sol en tus campos derramado,
para la trina entre las ramas
el trino mineral
de la tierra quemada
que sube y sube al aire
persiguiendo una gota de rocío.

Cuanto crece en tu suelo,
espina o flor,
serpiente o pájaro,
guijarro o yerba,

arcilla o caracol,
madera, acantilado,
fruta o semilla
me toca de su mano
para fundirme en ti;
ser de tu arcilla
la mícura sonora
pulida de tus dedos,
con agua fresca y pura
crecida en tus neblinas.

Cuando el río de tu aroma se desata
inundándolo todo con su aliento
y sus olas cabalgan las laderas,
yo me siento en ellas sumergido,
una gota de viento iluminada
entre las ramas preso.

Tierra fundida
en el fuego de amor de la montaña,
hechura diligente de tu pueblo,
cuanto eres lo hizo
la mano de tus hombres.
Te engalana el donaire que pusieron
hacendosas mujeres
que te fueron haciendo a su medida
ni más ancha, ni más angosta:
cabes sobre la palma de la mano.

Todo te identifica y te distingue:
el aire transparente,
la luz que te ilumina,

el canto de tus pájaros,
la espina endurecida de tus cardos,
tu cántaro de adioses y saludos,
la sonrisa resbalada en la cara de las mozas,
la sílaba de amor, la paz del campo,
la neblina, la flor, el río,
la piedra dislocada que camina
bajo el rayo del sol de mediodía,
tus laderas de sombra enrevesada,
tu seca sequedad que se alimenta
en el escaso vuelo del rocío,
el rumor de la ola que te llega
tramontando en azul desde muy lejos.

Tus rincones, tus calles
tus parques repartidos,
tus cerros aledaños,
tus senderos sombreados y olorosos,
tu templo de impávido campanario
símbolo madrugador de la ciudad
cuando un hálito diluido de campanas
despolvorea
su polvo de sonidos en el aire
que se hace sonoro,
camina las distancias,
enciende la quietud,
ardido todo en el ardor glorioso
de la sana alegría
del canto mañanero
que corre hasta perderse
disuelto en lejanía.

Ciudad de larga historia y gente escasa,
tu geológica forma conformada
te viste en el paisaje
para hacerte de verde
a pesar de la inhóspita sequía;
tu abanico de fronda
bate y abate el día
en el ruido musical de los cicales
que filtran la calor, doman el viento
y lo hacen circular parsimonioso
en el cerrado cuenco de tu valle.

Ciudad alguna
tu gracia tiene y tu donaire tiene.
Trajinada del día
bajo el callado manto de las horas
que transcurren multánimes
mientras crecen y mueren
tallos, hojas y flores
calcinados del viento.
El tiempo que no duerme ni se agita
cayó como una gota implacable y tenaz
horadó en tu roca de silencio
impenetrable
y te forjó la insignia
de la ciudad del sueño y la vigilia.

Vengo a ti, mi Ciudad, para decirte
mi palabra de amor;

para rendirte
el ferviente homenaje de mi vida.
Mi canto
se ha estado madurando
hondo y señero,
de tus mieles se endulza,
en tus sales se baña
y crece como flor entre las breñas
apenas remojada de rocío.

Lo dejo entre tus copas,
a la altura del nido,
porque creció con alas
y es un arrullo tierno.

II

PARAGUACHI

“Paraguachí con su dulzor de caña” (*)
cantó el poeta en tu homenaje,
tierra pródiga de abundosa cosecha
que reparte sus dones en la Isla.

La Fuente clara de La Tagua
El Salado, el río Magdalena desbordado,
La Plaza de los camorucos y los nidos.

(*) J. T. Arreaza Calatrava. El Ingeniero de Minas.

Mi infancia-adolescencia
transcurrió entre tu gente
que en la cordialidad y el afecto
pusieron siempre esmero:
Jesús Aguilera, el viejo,
sus hijos y sus nietos,
los hermanos Salazar, Cruz y Eliodoro;
las hermanas Lala y Chepita Bellorín,
Daniel Fermín y sus hermanas
Plácido Higuerey, unido por la sangre,
Eulogio Sánchez y Geña, su mujer,
Danielita Alcántara
el viejo Rufino y Licha Salazar
y las inolvidables que llenaron
ese tiempo indeciso del candoroso despuntar del hombre.

Pueblo de amistades entrañables
al que mi padre consagraba afanes
de servicios y nobles menesteres:
escuelas, bibliotecas, centros culturales,
el consejo, el libro, la beca y el estímulo
para poner ambiciones de ser y de servir.

Si hay que pagar lo vivido,
a ti te debo mucha vida.

Paraguachí... Paraguachoa... Paraíso,
donde el recuerdo vuela
en busca de mis horas felices,
te encuentro en cada boca que me nombra
y en la evocación de mis noches pobladas de fantasmas.

para a casa da Oliveira
piscicultura
2.1



JUANGRIEGO DEL RECUERDO

A Manuel Felipe Rodríguez

I

El mar, cristal fundido
hacia la orilla avanza
de azules confundidos y distancias
en espumas deshechas,
el sol hasta el fondo sumergido,
arena, piedra, caracol reluciente
desde la playa constelada, sola,
engarzan en la hora declinante
los signos del crepúsculo
que muere desmayado
sobre el anca alisada de la tarde.

Polen disuelto entre las nubes gira,
el silencio se cubre de rumores
y en el incendio el cielo
con lengua incandescente
lame la mar con peces y luceros,
en las nubes las alas,
la pajarera en vuelo,
de la gaviota el grito y la elegancia.

La noche tiene ojos que vigilan,
rielar de luna en ola estremecida,
cálido sopla el viento

con sabor de canciones de la tierra
venidas desde el puente de los barcos;
breve es la pausa para descansar,
el día sobresalto en la faena.

Pasa el pregón de gracia musical,
las voces desgranadas en el aire:
pescado, piñonates, empanadas;
en el afán del puerto confundidos:
la pobreza del pobre fatigado,
la paga escasa y el trabajo duro,
desocupados sin ración ni sueldo,
marineros soleados de mil soles,
las venteras, salados pescadores,
comerciante sin sueño, desvelados,
esperando el ancorar de las balandras,
mazorcas tiernas, plátanos cañeros,
César, Ño Luca, Dolorita Arcay,
los precios regateados
los mostradores limpios,
los Bor con su alfabeto de tijeras,
las letras de los nombres contruidos
para el amanecer de las ideas
sobre el papel impresas,
José Lino en el tráfigo civil,
Marcos Arcay, cohetes detonantes,
Anacleto González, los sombreros,
el maestro Valery, la lección,
Don Apolonio Leandro, la receta,
Rejón, la medicina,
Víctor Vidal, Manuel Felipe, Chente,

Chollet, Cruz Rojas Vásquez,
los Marcanos, maíz de Tucupita,
Vicente Rivas, papelones del Golfo,
Juan González, Leonardo, los zapatos,
Leandro Moreno, redactor de Antena,
Panchito Lárez, la canción marina,
Monchito Borra, el anecdotario,
el jumento, marcha de pasitrote,
mi humanidad encima
con los sueños viajando
en el camino largo
que se hace y se deshace
de afanes sin penumbra.

II

La Sabana del límite orillero,
al tránsito de la luz crujir de montes
chiribital reseco;
entre lagartos verdes, cueva y nido,
el paso tardo cruza
un hilo de camino sin orilla,
arriba nube errante,
abajo brisa y polvo,
en una caravana
de lejano miraje:
la mara, el huso, de algodón el copo,
la tejedura del cogollo
entre las manos sin sosiego,

el pie descalzo en el suelo agrietado
y las voces del cuento caminero,
la malagueña, el chiste, la conseja
haciendo compañía
en larga soledad madrugadora.

III

La Salina, espejo de mil caras,
lisa llanura, el agua detenida,
casimbas, faena atribulada,
los senderos sin sombra,
casas de pescadores,
telar, hamaca, sueño,
hilván apresurado en tela burda
del pantalón de brega,
remiendo de tarrayas,
claveteada esperanza
en el indeciso amanecer
de la hora temprana
en que convoca el mar sus cosecheros.

IV

Las Piedras: bate el mar
implacable y constante,
el cirial corta la espuma,
trepan las casas sobre la ladera,
la historia enhebra nombres:

Ferrer, Azugaray, guerra con guerra,
el caudillo de la barba al pecho,
serena valentía,
palabra de consejo,
la agresión alevosa de Perdomo
y la cuenta cobrada íntegramente
en la asombrada noche sabanera
tinta la puñalada
con el rescate entero de la honra
por la mano del pueblo.

V

Guiriguire, camino del cangrejo,
playa serena, ola ensangrentada,
las escamas espejeando la arena,
el aire impregnado de pescado,
los hombres, las mujeres
cuchillos de escalar,
la sal, gabaina asada,
la mascada en la boca,
la nasa, el aparejo,
arpón con punta de ojo
para abrir ancha y honda la herida
sobre la ola hirviente
camino del regreso.

VI

El Fortín, leal bastión de la patria,
nidial sobre el rompiente fragoroso
para empollar historia,

los cañones de herrumbre oscurecidos
disparando recuerdos en el viento,
Adrián, el heroísmo,
la piedra inmóvil, cuenta de cadáveres
en la hora de asaltos implacables,
el olor de la pólvora, los nombres
que el parpadeo del fuego
hace trizas en el aire encendido,
los muros silenciosos
erguidos en el tiempo,
vacío junto al mar y sus confines,
en el miraje azul la lontananza.

Aquí se petrifica el patriotismo
en la perennidad del sacrificio,
huesos reseco con los vendavales
cenizas dispersadas
sobrenadando errantes la leyenda.

VII

La Galea de redes circundada,
el límite del pez y su destino.

VIII

La Laguna, los Mártires,
en el crujir de carne acuchillada
y el olvido volando entre las sombras
de la conciencia ensombrecida
en el tráfico sucio del dinero.

IX

Pedregales, de piedras dislocadas,
ríos de piedra en calcinada espera
que sueñan con la lluvia que los mueva,
la mano diligente del tabaco,
tripa en la suave capa
de humo de la calilla,
pabilo y capellada
sobre suela de goma
donde se apaga el ruido,
un adiós pasajero del que pasa
junto al quieto quietismo de las tardes,
regreso de las cabras
con mojado mordisco en los breñales,
cardón, tuna, los yaques,
el único verdor inextinguible.

X

Los Millanes despierto
de la caprina tropa centinela;
Millán Millán, el médico,
Gutiérrez Millán, Pablo, el abogado
hijos del humo son.
Luna del canto en el trabajo duro
que consume el quehacer de las mujeres,
tizón en boca de las lavanderas
voluta en la modorra
de las tardes azules
en el alar que junta
después de la faena.

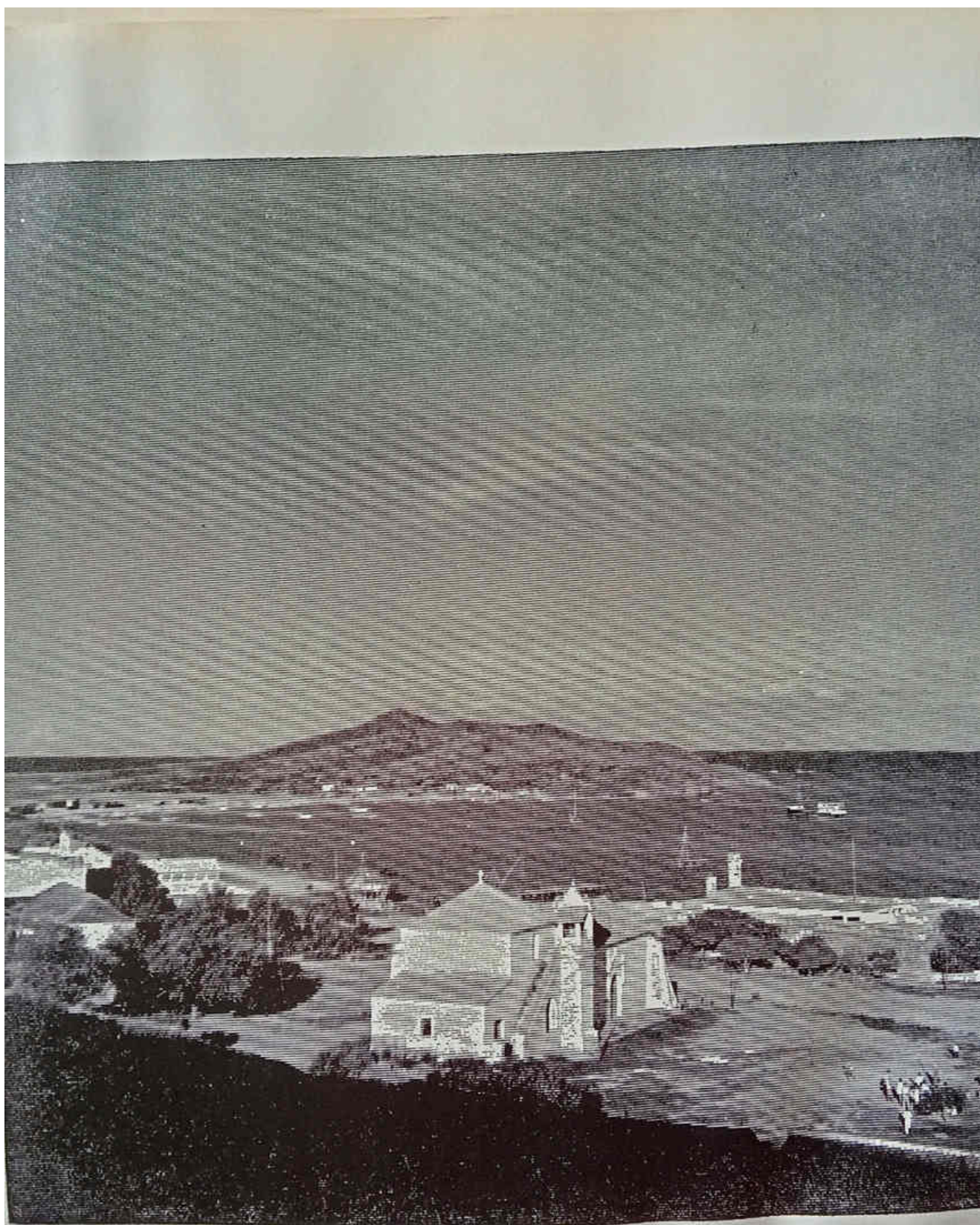
XI

Guaimaro, espina dolorida,
puerta del sol, rumbo del viento,
aguardiente de Pola
el veneno del pueblo,
Antonia Matilde Mata, la maestra,
Anita Narváez, la plaza Rísquez,
Chico Tomás, el puente de las bolas,
Venecia sin las góndolas
y por el ojo abierto de la calle
el mar de barcos lleno:
La Gaviota, la María Constanza...
la distancia ignota
que acuchillan las velas
por sendas del regreso y de la espera,
las manos en la frente vigilante
para el anuncio del afecto
del marino tornado a la querencia
o el pañuelo flameando adioses.

XII

El recuerdo tremola sus banderas
en el espacio inédito
de la nube y el viento,
azul entre las copas suspendido,
hermandad la palabra y el latido
en esta claridad crepuscular
que sin cegar alumbra:

Cada salto de luces una estrella,
cada palmo de sombras una herida
escondida en la entraña de la noche.



"Pampatar, la ciudad del celeste mar dormido" M. A. Mata Silva

LA AZUL CLARIDAD DE PAMPATAR

*Al transparente recuerdo de Virginia
Verde Beauffond y de Chucho Subero*

I

Ciudad de la amorosa orilla costanera,
arco tendido entre Punta Moreno y La Caranta
que dispara sus flechas al infinito de constelado azul,
el mar reverberante de espumas, de algas y de peces
riza en tus pies, sube por tus caderas
y se queda dormido en La Salina, espejo triturado
que dispersa sus luces en laderas del viento
y en el espacio viviente entre cerros y playas,
la inmensidad abierta de nubes y luceros.

El mar es un camino, hilo tendido
entre tu cimbradura y la distancia sin fronteras,
por tu ventana abierta penetró la aventura,
las conquistadoras naves trajeron óleo y sangre
y la asustada grey de mansos guaiqueríes
los recibió de paz, la flecha guardada en el carcaj
la amistad que brindaron, traicionada;
de tus playas partieron galeones cargados y volvieron
con géneros distintos y distantes, abalorios de cambio
de las valiosas joyas arrancadas del fondo a los ostrales.

Seguro puerto y puerta de la Margarita marinera,
en tus flancos irguió la piedra muros,
trincheras de defensa, castillos resistentes

que la pirata gente abordó con denuedo
en sus depredadoras correrías de pillaje
o fueron un obstáculo para los insurgentes que pedían
[libertad.

II

La escuadra de Morillo cubrió tu ámbito de velas y cañones
y contempló asombrada el gesto de Bermúdez desafiando
[la fuerza

en un débil trespuño, con un arma, su espada
y una interjección disparada iracunda en el aire.
Tú miraste partir, seguro de victoria,
al Pacificador de la paz mentirosa y la perfidia
y le viste tornar, torva la mirada, inclinada la frente,
sacudiéndose el polvo de derrota que sufrió en Matasiete.

Tu historia es la penuria, la alegría del trabajo,
resistir resistiendo el tiempo malo abierta la esperanza.

Transitas de El Trocadero a La Salina,
cinta delgada entre la mar y el cerro,
el pueblo, más que pueblo es un camino
el camino del viento peregrino
que no se deshace con el viento mismo,
camino sin distancias
donde queda marcada honda la huella
que no está sobre el suelo polvoriento,
grabadura del pasado que no pasa.

III

La ciudad y sus casas de humilde arquitectura
moran entre el silencio y la vigilia,

el tiempo es claridad que se diluye
entre una y otra sombra de la aurora a la tarde,
cabalga sigiloso sobre indecisos muros,
en los frutos madura,
inicia el vuelo y lo hace fenecer.

El afán es una costumbre desvelada.
Entre el polvo y el mar puentes de aire.
La ola es un ropaje que te viste y desviste:
traje de añil cuando viene trepidante a la playa,
capa de oro cuando mansa se va con la resaca.

El viento te sostiene suspendida
y en él viajas y regresas noche y día
quedándote enclavada
junto a un renacer que no termina.

IV

Pueblo Arriba, Pueblo Abajo, no señalan linaje.
La división en dos fue ocurrencia del cerro,
manera de emular las comunes virtudes
dos formas de nombrar el amor y la vida.
Comienza Abajo el tráfico del Puerto
con el ir y venir de barco a muelle,
celadores, papeles de la Aduana,
autoridad civil, la policía, el resguardo,
los jardines de Pango, el marinero,
El Castillo, la Iglesia, la oración junto al miedo.

Arriba, red tendida, aire con aire en agua confundido,
vigías vigilantes, clarines de botuto,
el salto palpitante de los peces,
el camino de escamas y conchas de moluscos,
el pueblo entero trayendo hacia la playa
el plateado cardumen prisionero.

V

La Caranta, bastión de insular heroísmo,
su avalancha de piedras precipita en la costa
en la estrecha medialuna que cierra la bahía
tajamar que cercena los marullos;
los barcos de la flota pescadora se mecen apacibles,
recogidas las velas, listos los aparejos
esperando la hora de zarpar.

El océano abierto de lejano miraje
se precipita con ímpetu bravío
sobre los acantilados de la costa
y regresa vencido, contra la piedra arisca torturado,
sus gárgaras de espuma se deshacen
con trepidar sonoro en la negra y profunda garganta
de la impasible Cueva del Bufón.
Allí tu límite sobre los mil caminos del agua desvelada,
alba de luna salpicada de luceros,
pañuelos izados por la brisa para la despedida
o donde se estira el grito caluroso del regreso.

VI

Cuajada de la ola en su vaivén constante
la lustrosa calcita marinera
emergió de las ondas engastado en espumas
farallón, piedra anular para tu dedo,
su brillo a la distancia conduce a los viajeros
para llegar hasta la palma de tu mano extendida
en generoso impulso de la entrega;
sobre él revolotean y anidan los pájaros:
alcatraces, gaviotas... dueños de mar y cielo.

Ambito de la luna y las estrellas,
azul con otro azul confundidos,
el círculo cerrado de tu celeste flama,
en las noches palpita vagoroso
el bruñido cristal donde te miras:
el cerro es una nube derramada en el suelo,
la nube, cerro errante que cabalga en el cielo.

Tu claridad sonora es canción de la ola,
una amorosa forma de decir a la vida
que en los ojos abiertos te llevamos cautiva
y nunca, nunca, nunca la sombra de la muerte nos llenará
[de sombras.

Apacible dominio del silencio,
los árboles, el viento, la gente de puntillas,
los dedos en los labios, apaciguan los ruidos
para no interrumpir la paz de tus caminos.

Puerto o puerta de salir al encuentro descubridor de tierras
a confundir los pechos, los anhelos
en el espacio intransferible de la gran Patria amada
y de volver sedientos de la sed de tu afecto
generoso de arrullos, inefable ternura.

VII

Tu marinera gente de hacendosa tarea,
la brega sin reposo, en vigilante acecho de distancias
ponen siempre la vista en lejano horizonte,
por eso esperan siempre y marchan al encuentro
de la promesa que en el trabajo se hace realidad.

Para decir sus nombres se atropellan las voces,
las letras y las sílabas se juntan amorosas:
desde el subsuelo del recuerdo un caracol pregonar:
Isabel Verde Beauffond, mi amor de adolescente,
dulzura de unos ojos, suavidad y ternura
donde cabían enteros el sueño y el desvelo
y Virginia, su hermana, un alma delicada, transparente
apacible bondad de evocación y lejanía.
Y corre en el arroyo de la brisa
Licha Pérez Frontado, indulgente hidalguía.

En el canoro acento de una paraulata
vienen Vito Cedeño y Vicente su hermano
que pueblan de canciones el ámbito del puerto;
al pronunciar Maneiros se acompañan los himnos;
los Silvas, los Narváez los anuncia la tierra verdecida,

pero para decir Chucho Subero el grito se me sube
[a la garganta

porque en Chucho tenía la amistad su medida,
su muerte puso triste a la alegría:

los hijos: Efraín, Jesús Manuel Subero

clara la mente y el corazón hermano;

y siguen en la cuenta cabal de los servicios

Don Hermógenes Verde, redactor de las cartas y reclamos
de los que no sabían ni leer ni escribir,

Julián Sánchez, la hombría de bien llevada con un nombre.

El acento cortante de notas de guarura

dicen Don Dámaso Villalba, médico y medicina

para la gente enferma y sin dinero,

los hermanos, los hijos, los sobrinos:

Julián, Salvador, Jóvito el viejo, constructor de ágiles veleros
que el hijo echó a la mar para buscar el corazón de
[Venezuela,

con Lucho a bordo, inseparable compañero.

En poemas nacidos de tu sufridero atormentado
nos llegan con salobres acentos remojados
las voces de Rosauero y José Rosa Acosta.

Con el silbido del viento entre las redes
escuchamos los nombres de Prajedes Acosta, cosechero
[de peces,

que levantó faena y faeneros
y se sembró distante en Guayacán,
de Tilleros, Montaneros, Lunas, Garcías,
Serras, Martínez, Guerras, Jorge Coll y Fana su mujer
nobles hermanos de tristes y afligidos.

Desde concha de parape con primor labrada
José Nicolás monta la guardia de la artesanía.
Y se desliza suave, con humilde latido,
Angel Noriega Pérez, un maestro del pueblo, generoso amigo.

En la ola se van, trepan los montes
los que son el latido y la canción,
sus nombres son de todos, el Puerto los cobija
noche con noche y en el quehacer premioso que consume
[la vida,
en mi canto se quedan sin nombrarlos
porque ellos son el hilo con que tejen los sueños
red tupida de afectos donde todos se hermanan confundidos.

VIII

Atardece... En la indecisa luz el incendio se esfuma,
tornan a sus nidales las aves pescadoras apaciguando el
[vuelo,
en la quietud riman brisa y el mar su suave melodía.

Desde la orilla miro lilas disueltas
en una algarabía de colores
mientras se encienden las luces de la noche.

“¡Ciudad del celeste mar dormido”, te dejo adormecida!
me despido en silencio, conmovido.
Tornaré con el alba, cuando cantan los pájaros.



PORLAMAR EN EL VIENTO

A Jesús Enrique Rodríguez

I

A la Ciudad del Mar se iba alegremente,
el tránsito de pueblos, al aire las canciones,
palosanos erguidos con el oro en las copas,
un anillo de viento enlazado en las ramas,
anillo azul entre dos claridades
rellenado de personas, de cazuelas,
de tiesto en la calle poblada de recuerdos;
de agua destituido va el cauce angosto
en sombras recubierto
por donde baja el río cuando crece.

En la playa se escucha el vocerío,
animadas las gentes miran llegar los barcos,
un marullo de pueblos trae en la cresta
caluroso murmullo solidario:
convivir es la forma apacible de vivir
en una tierra de amorosa entraña.

II

La oferta en el comercio tiene amigable trato,
el canto diferente descubre origen de los compradores
de apresurado hablar o calmo acento:
de Tacarigua, Paraguachí o Pedro González,
todos entienden las voces de la tierra.

Numerosos paisanos compiten con los árabes,
venidos tras el brillo de las perlas en el siglo pasado,
en puja y regateo que baja a diez lo que marca veinte,
siempre con la sonrisa entre los labios.

III

Ahora, en este tiempo de ahora
hicieron Libre el Puerto
y por mar o por aire
ingresaron los nombres de la Biblia,
pusieron precio a todo:
casas, tierras, mujeres y paisaje.
En el confuso ambiente, marihuana, aguardiente
y una teoría de tratantes transeúntes.

Tiendas, tiendas, con nombres extranjeros
venden hasta el resuello;
mercancías de lejanos continentes,
los letreros anunciando la subasta,
el amor es mercancía
en mercados oscuros de desprecio,
los muchachos masturbando sus anhelos
en ilusivos paraísos de la droga.

Van y vienen como locos,
los que compran, los que venden,
Porlamar no va a la mar,
con el Puerto Libre vino turbulento desenfreno,
hombres raros la invadieron, la compraron.

IV

Los comerciantes de la estirpe aguantadora
¿Dónde están? ¿Quién los recuerda?
Braulio Fermín y Ramón Guerra,
la alegría de vivir, la honesta forma
de exaltar en el trabajo las virtudes de la Isla;
Juan Rodríguez, Los Moraos,
Eleuterio Rosario, Los Bermúdez,
Los Cedeños, Campos, Aristimuños,
Los Riveros, el doctor Carrasquero,
Moncho Paz, Manuel Rodulfo Brito,
la palabra de protesta de Navarro González,
la voz nueva de "Garúa" refrescante de Luis Castro,
Los Patiños, peloteros de El Patriota,
los jabones de Juan Lárez
compitiendo con los hechos por Juan Avila,
la hedionda tenería de Ciriaco
que ya no curte suelas de los zapatos;
El Poblado, Conejero, tejas, ladrillos,
múcuras, las pimpinas,
los expulsó un "progreso" hecho de encargo,
inhumano sin el hombre,
contra el hombre.

V

La ciudad del aire puro,
de las calles a cordel,
de asfixiante ambiente viste,
playas sucias, mar oscuro,
El Faro sin farero ni luces en la noche.

La Sirena varada en otra playa,
sin temblor de palabras el saludo,
mudo el afecto y la expresión amiga:
no hay tiempo que perder:
pagas, te vas y nadie te despide
y vuelves y te vas saturado de cosas:
hombres entre las cosas
tienen alma de cosas.

VI

A la ciudad hermosa
le nacieron verrugas de siglos desechados:
los barrios marginales de los pobres
arrinconan la miseria, el abandono:
Ciudad Cartón, Los Cocos, Polanco, Macho Muerto, El Piache,
apocalipsis de basura suspendida
sobre el alto mural del alto muro
de donde mira sin mirar la indiferencia.

Ignorados los nombres de la tierra:
Lino Gutiérrez, Ventura Gómez, Inocente Carreño
el ala musical entre la brisa,
Vicente Fuentes, Pedro Rivero, los poetas del verso acrisolado
Eduardo Ortega, Asunción Rodríguez, Chepelito,
el gordo padre de la bondad desnuda,
de los hijos sin tierras enterrados
y del hijo con tierra entre los ojos
que un viento desde el mar implacablemente sopla,
viene de lejos,

está cegando la esperanza que esperó sin tregua
y escupe en las conciencias
la sucia suciedad del desamparo.

Escapa al viento destructor El Valle de la Gracia
guarecido de sus altas montañas,
desde donde el Piache indígena
envía su mensaje de agua
en las manos de la Virgen Morena.

VII

Jesús Enrique, el sueño tiene nombres:
los hombres, las mujeres, los niños sin abrigo,
ayer es una cifra con ceros a la izquierda,
mañana no sabemos con qué signo se escribe.
Cuando todo se borra en la plana del tiempo
cualquiera escribe su alfabeto ilegible
de ambiciones, de vicios, de jóvenes marchitos
que marchan al acaso sin rumbo ni destino.

¡Qué mudo es el tumulto!
¡Qué sola soledad de multitudes!

Pasan entre las sombras
gritos cortados, las voces sin sentido
y a su cueva se vuelven los tahúres
a contar las ganancias
ganadas apostando las conciencias.

El eco viene de un tiempo sin retorno:
la memoria se pierde entre un laberinto de recuerdos,
caminantes sin camino y sin sombra:
La Rosa de los Vientos no señala los rumbos de llegada
sino rumbos de partida,
mar adentro, tierra afuera.
¡Venga viento! ¡Venga viento!

VIII

Sin embargo se quedaron
sembrados en su suelo los paisanos,
tronco y ramas azotados,
las semillas en el viento,

este viento que no cesa,
hiende piedras, las derriba,
es el tiempo sin medida;
lo que fue no será más.

Sólo el hombre, árbol, semilla,
estirpe guaiquerí inextinguible,
seguirá sobre el azote levantado,
las raíces afincadas,
crecerá bosque en la llama,
arderá llama en el bosque
alumbrando otros caminos,
piedra con piedra resistentes
echará nuevos cimientos.

IX

Trae el viento anillo azul entre dos claridades:
la ciudad del hombre transparente,
las mujeres sonreídas con los niños de la mano,
los jardines, flores, niños, muchos niños
con su pan y sus canciones,
la miseria, las tristezas en derrota.

¡El Mundo Nuevo!
El progreso, sin comillas
barrerá, escoba nueva,
las escorias que dejó la tempestad
desatada por la envidia.

¡Qué alegría este mundo amanecido!
Es del hombre y para el hombre,
para todos los hombres sin distingo.

Tu parcela de sal y de dulzura
se alindera en el viento, bajo el cielo,
con luceros y con lunas,
tiene pájaros y sombra acogedora.
Nadie pugna por quitarte lo que tienes
porque tiene como tú
su parcela en el viento, bajo el cielo.

NORTE DEL NORTE DE LA TIERRA ISLEÑA

A Felipe Natera Wanderlinder

I

Santa Ana del Norte

Agobiado de montes
el valle corre largo entre la mar y el cerro.
De las frescas laderas sopla el viento
que atempera el calor de la tierra quemada.

La historia la signó Villa de Santa Ana
del Norte al Norte franco de la Isla,
es la apacible estancia de gentes laboriosas
que viven al amparo del fruto de sus manos.

II

Hila el hilo su delgada cintura
estirando el copo en la móvil garganta
del huso en movimiento que hebra tras hebra enreda.

La aguja diligente enhebra los capullos
que fueron en la brisa nube y sueño
o en la oveja sumisa capa de la intemperie,
crece en los dedos celeste, grana y amarilla
la urdimbre delicada que vestirán los niños
en torno al aire, cuna levantada,

brisa mecida que entre malla cuela
delicia en la calor, en sueño o en vigilia.

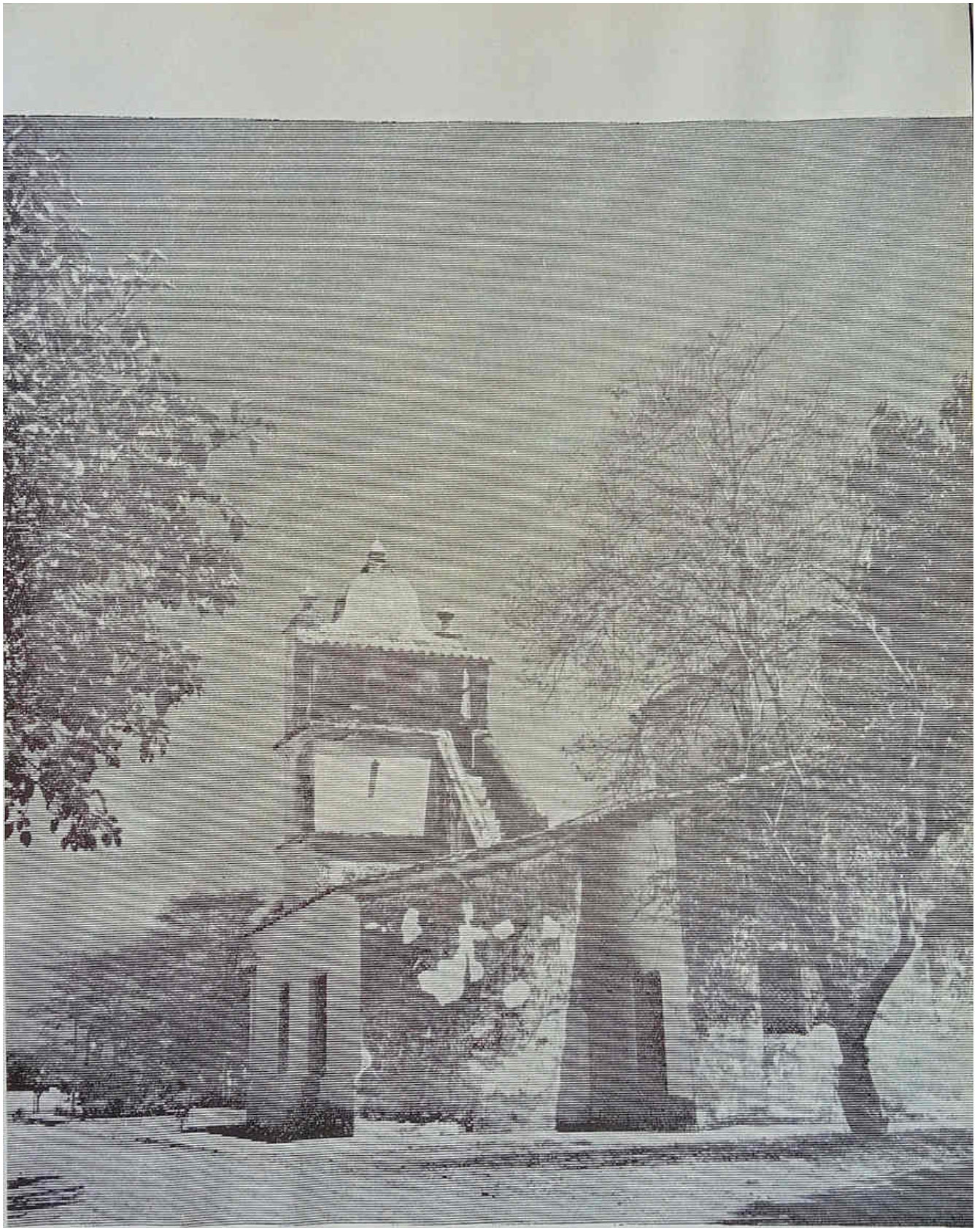
III

La toma del Fuerte España

¡Villa heroica! vives en el recuerdo:
entretejidas sombras de bravos combatientes
pasan entre el crepúsculo y la aurora,
van trazando el camino
que conduce el coraje
hienden los muros del Fuerte España
con palos, picos, machetes, azadas labradoras
las gentes campesinas
ponen en fuga la tropa que lo guarda
y toman sus fusiles.

Arismendi los guía en la aventura;
nadie sabe la senda de la huida,
porque su comandante no la sabe.

Con pie de luna trashumante y sola
van caminando en noche taciturna,
traspasan montes arañados de espinas,
la escarpada ladera los vigila,
los guarece la piedra y la quebrada,
sobre el dorso de todos los senderos



Iglesia de Santa Ana

sus sombras se proyectan en las sombras,
sigiloso silencio, filo de las angustias
afila los cuchillos para los combates de arma blanca.

IV

La Expedición de Los Cayos

Liberada la Isla, desde Los Cayos de Haití
viene navegando presuroso el Hombre del Destino,
Arismendi lo llama,
Brión, el Almirante, seguro fija el rumbo
en el mar proceloso sin sosiego,
tocan fondo en Juan Griego.
Desde la playa los saludan
alborozados hombres libres.
Bolívar en la proa,
sobre el pecho cruzados los dos brazos
siente la claridad del cielo que le hiere los ojos;
ya en la orilla con ágil salto
toca la arena sin mojarse los pies.
Lo espera el Libertador de Margarita,
la comitiva de los héroes isleños
y el afecto del pueblo.

Después de la efusión montan a los caballos,
La Salina, La Sabana,

la trocha polvorienta entre cardones
brillaba a la distancia con sus cancanapires olorosos.

La Villa los recibe de fiesta engalanada
las mujeres con sus caras pintonas
se asoman a las puertas, el tejido en las manos,
de la arbolada florecida cuelgan arrullos de tórtolas,
la señora Santa Ana abre sus puertas, los invita a pasar.

V

Reconocimiento de Bolívar

Santiago Mariño, Manuel Piar,
Juan Bautista Arismendi,
Policarpo Mata,
Francisco Esteban Gómez
y una pléyade de héroes aclaman a Bolívar
Capitán General y Comandante en Jefe del Ejército
¡En la casa de la señora Santa Ana
amanece la Tercera República!

VI

Sueño de Casacoima

Otra vez a la mar, la patria va con ellos,
a pelear victorias,
El Juncal, Alacranes,
abren el camino hacia Guayana.

Cabalgando sobre nuestro grande río
Bolívar se desmontó a la orilla,
se puso a soñar triunfos,
se entregó a legislar para la libertad
y le creció en anhelo de traspasar montañas
para sembrarse alto, más allá de los Andes,
en un confederado sentimiento de patria grande
con dos mares por límites.

VII

Río El Toro

Llovió toda la noche,
todo el día.
De sus corrales
de laderas dormidas
El Toro de aguas embravecidas
entra en la Villa.

La piel terrosa,
los pitones de luna
punzaban el viento que corría,
las pezuñas de espuma
invadían las casas,
hacían correr los niños,
las tejedoras dejaban los telares.

El Toro pasaba por la vía
de arboleda fragante.

Iba calle abajo,
la gente lo miraba, oía sus bufidos
Natera Wanderlinder, Chico Real,
Angel Brito Villarroel
toreros de tarde clara
se iban pasando la capa.

El Toro seguía incontenible,
traspasando Santa Ana,
cruzó La Vecindad,
se internó en La Sabana
hasta llegar, espumada la boca,
al linde de cristal de La Salina.

Con su capa de azules tornasoles
extendida en el viento
el mar le hizo verónicas y chicuelinas.
La muleta en la mano de las olas,
escondida la espada
puso fin a la loca arremetida
con estocada entera.

La claridad azul con el barro disuelto,
turbio desaguadero,
El Toro, perdida la embestida
entró a la mar y se hizo latido.

VIII

Los pueblos

Derramada bandera de semillas
desplegada en el viento

fuiste naciendo pueblos
que arañando la tierra
hundieron sus raíces
en el borde de todos los caminos
una rama extendida
señala sus distancias:
Altagracia, La Vecindad, Pedro González,
El Cercado, El Maco, Tacarigua.

IX

El Cercado

Trocha corta
entre la espina,
caminando
va el camino.

A su vera
bajo el yaque
la mujer
amasa el barro.

De sus manos
va naciendo la pimpina:
boca angosta
cuello largo,
redondo el talle
lustroso.

Se adivina
el agua clara
fresca y pura
en el barro sumergida.

La pimpina
cercadera,
manos hábiles
sobre barro
avivaron
la frescura.

X

El Maco

De Culondo,
el Portachuelo
arrastrando
los aromas del tomillo
viene el aire
por la ríspida
ladera.

Cruza el valle
se detiene
a la puerta
lezna en mano
el zapatero.

Hilo y cerdas
encerados
suenan con cada puntada
de la maquera gente
faenera.

A los pies
de agua y espina
va el zapato
crujidor
por el camino.

XI

Altagracia

Alta la gracia
de su sonrisa
llena la cara
mirar de acero,
pelo tendido
la gracitana.

Luna en la playa
de Las Arenas
cabriola y brilla
sobre la ola
moja sus plantas
entre la espuma
la gracitana.

En la faena
de noche y día
va con el hombre
emparejada
en toda obra
inseparable
la gracitana.

Si el riesgo asecha
del contrabando
va con aplomo
que el susto es nada,
vendiendo alerta
la gracitana.

Pueblo de brega,
sus apellidos
vienen de lejos,
Ordaz señala
los derroteros
descubridores
por donde marchan
a la aventura de la Guayana,
pulso del caño,
hombres, mujeres
destaca alegre
la gracitana.

XII

Valle de Pedro González

De Arimacoa
Valle gracioso,
montaña y playa
sus dos ambientes,
la palma ofrece
desde la altura
materia prima
para el afán.

Son navegantes
o comerciantes:
Los Monasterios,
Estabas, Matas,
Tovar, Lazardes
de la guitarra
rumor al viento
que se hace canto
sobre los montes,
junto a la playa.

XIII

La Vecindad

Vecina de Santa Ana
entre humo de tabaco
de Los Millanes
y el viento seco
que sopla ardiente.

Afanes de Telares
donde mujeres
siempre tejiendo
camas de aire
pasan la vida.

Faño Quijada
un navegante de liquiliqui
Ezequiel Bauza
cantor del pueblo,
los comerciantes,
ponen distancia
frente a la tropa
de jornaleros y artesanos.

XIV

Tacarigua

Tacarigua de Adentro
llovida de montaña,
rincón en donde el río
es espejo de vida.
Sebastián, El Chovenco,
sangrándole el costado
con la saeta dentro,
cueva del Héroe,
laderas frutecidas
en donde el hombre mora
olvidado, olvidándose.

Tacarigua de Afuera,
un camino que trepa
El Portachuelo
o se sube al cerro de El Venado
adiós al pasajero
desde el claro ventanal
de la sonrisa.

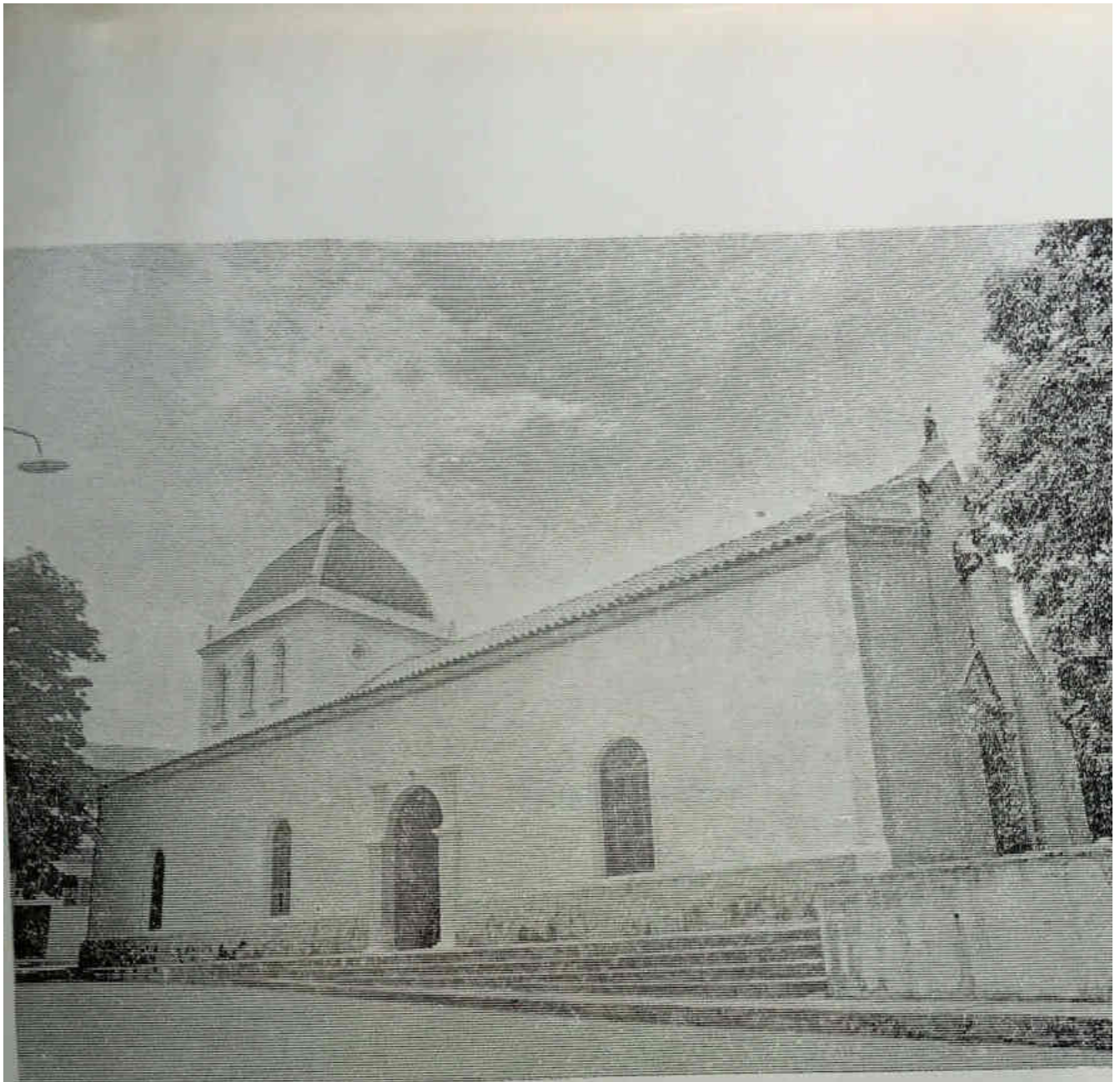
Dos mitades de un pueblo
donde hombres, mujeres
sembrados como piedra,
trabajo como piedra,
el pan escaso,
menguada paga
las lágrimas reseca
en los abiertos párpados
del resol junto al polvo.

Un pueblo de labranza
se dobla sobre el surco
y cuando débil
la siembra se le tuerce,
mira el cielo
pidiendo un aguacero,
pero no se amilana
si no llueve,
su constancia
pone semilla nueva
bajo tierra.
Cheguaco hace la historia
de tan premiosa vida.

XV

Invocación final

¡Santa Ana del Norte!
Villa del amor y la querencia
siempre en alto,
siempre limpia.
Conserva tu candor y tu belleza;
las manos en la obra multicolor
del hilo y de la aguja,
de la espiga en el viento
en ardorosa fe,
destino de telares
urdido por tus hombres y mujeres,
por la constancia,
tuyo, tuyo por siempre,
sin basura
de usurera mano extraña,
arriba, serena la esperanza.



Iglesia de San Juan Bautista

BAJO LA SOMBRA DE LOS DATILEROS

Al dulce y apacible recuerdo de
María Natividad Rojas Romero

I

El pueblo estaba allí

Primero fue el poblado, tienda caliente
de la tierra entre sombras del hombre de la tierra.
Humildes junto al río plantaron sus viviendas,
la quieta soledad en gozosa frescura
era vida tranquila del indio en el reposo.

El pueblo estaba allí asentado al pie de las colinas,
retratada su faz en la corriente,
claro espejo de luna,
manadero de estrellas rutilantes,
nacido en el bosque de La Pomarroza
como el Ganges sagrado exprimido del jugo de las frutas,
gota a gota destila sobre las piedras
pasando sin pasar hacia su fin remoto.

Al rumor de las aguas bajan a beber erguidas cornamentas,
saltarines conejos, guacharacas alegres,
las palomas y las pavas del monte,
tropa multicolor de pájaros y trinos.

Se oía entre las sombras el crujir de las hojas
mientras seguía el viento desnudando la fronda.

Los bohíos con sus techos de palma
sus paredes de barro y yerbas entremezcladas;

alrededor danzaban los hombres, las mujeres,
el fuego ardía incesante,
percutían ardientes los tambores,
la guarura daba sus notas de convite
mientras estaba quieta la flecha sobre el arco.

El pueblo estaba allí como grano en el surco,
fincada la raíz sobre la tierra,
clara sombra amigable del río y la montaña,
un pueblo igualitario de tareas y bienes compartidos.

II

Floreció la cultura del mestizo

Para turbar la paz de la indiada apacible
derrotados del mar vinieron de Cubagua
atravesando la tortuosa senda espinecida,
extraños hombres blancos,
comandados por Pedro de Alegría;
desplazaron a los indios de sus chozas,
ocuparon las tierras,
repartieron terrenos y solares,
dieron nuevos nombres a las cosas
y al pueblo lo llamaron de San Juan el Bautista,
un nombre nuevo para un asentamiento de milenios,
vieja querencia junto al río
de mansas tribus guaiqueríes,
una raza que endulzó el dolor de la persecución
[de los Caribes.
Con Pedro de Alegría y sus adictos
se impuso la servidumbre de los indios.

Ariotos de mujeres tomaron las guaicoras,
de esbelto talle, al aire sus virtudes,
los senos rebosantes, redondos como guijas,
puntiagudo el pezón,
con afeites de tiznes y achote
protección de la piel contra la resolana.

En el pasto mojado, un colchón bajo el cielo,
tendieron a las indias de dócil catadura:
cópula fundadora,
sobre la autoctonía aborígen
floreció la cultura del mestizo.

III

Las frutas pródigas del Valle

La villa fue creciendo a favor de sus dones,
confundidas estirpes pululaban alegres,
entonaron sus cantos a la tierra
y a la grácil mujer fruto del mundo nuevo.
Una ceiba gigante de ramas extendidas
agobiada de nidos y de alas,
servía de ateneo a los cantores.

Invitaba la tierra al laboreo,
sus pastizales frescos, asiento de ganados:
cabras, ovejas, vacas, cerdos y gallinas
caballos ágiles de las razas arábicas
y los pacientes burros, para la carga mansos
por las fragosas trochas de intrincadas espinas.

Las frutas pródigas del Valle,
"dulcísimas de ver mesas de reyes,
pitahayas, guanábanas, anones,
guayabas y guaraes y mameyes,
chicas, cotoperices y mamones,
piñas, caribujures, caracueyes"
cuchapes, paujies, chigüichigües,
mayas, guaicorucos, moras
unidas a las frutas que vinieron de España
subiéndose a manteles de opíparas comidas.

IV

La sombra remecida de los datileros

Llegadas desde oasis de la tierra africana,
acaso de las huertas de Sevilla
o de Islas Canarias, que es Africa de España,
creció como en su tierra, pródigo el datilero,
de jugosos racimos de rojo y amarillo,
las palmas prodigiosas,
que ofrecen al viajero su sombra remecida.

El dátil, alimento del beduino que cruza los desiertos,
es providencia cierta en las huertas del valle sanjuanero;
de sus cogollos tiernos
las tejedoras sin sosiego
confeccionan sombreros y otras artesanías.

Fuentidueño funda su propiedad en las laderas,
y allí quedó su nombre y señorío.

El Vergel fue el asiento de fértiles plantíos,
y más allá los barrios se multiplicaron:
El Macho, El Tuey, Las Barrancas, Guaimeque,
Boquerón, Los Fermines, Carapacho.
Lo demás era el mundo de la espina altanera:
heredades dispersas de pastores de chivos y de ovejas.

V

Los nombres y los oficios

Protegido de sus colinas y montañas
el pueblo se extendió arrimado a la Iglesia:
una misma familia
sin arrestos de alcurnias heredadas,
leales en el esfuerzo del bienestar ambicionado:
Carriones, Herreras, Millanes y Cedeños.
Boadas, Villarroeles, Salazares y Martínez,
el padre Silvano Marcano Maraver,
Díaz, Marvales, Hernández y Velásquez,
Vásquez, Bernabé Pérez y Gómez y Fernández,
Romeros, Jiménez, Rojas, Zavalas y Fermines:
talabarteros, herreros, zapateros y agricultores,
los orfebres, de oro, plata, cobre,
los alfareros de tejas y ladrillos,
los ceramistas de tinajas y cazuelas,
las tejedoras de hamacas y de medias,
los albañiles y los carpinteros,
las industriosas manos
que elaboran piñonates sin piñones
que al codicioso gusto son delicia.

Tierno el pan del maíz o del trigo
iba a la mesa de ricos y de pobres,
cocido al fuego del hogar,
un pueblo sin mendigos
y una dignidad alzada al cielo.

En la apacible doma de ganados,
a favor del cultivo de granos y de frutas,
los vecinos no fueron ricos de muchos bienes
sino de paz labrada en trabajo afanoso.

VI *Los héroes*

Para la hora de la Independencia
levantaron bandera de la Patria.
Morillo ocupó el poblado
sin doblegar el orgullo bravío de sus moradores.

Sus hombres fueron héroes.
Antonio Díaz, Comandante de las Fuerzas Sutileas
vence en Pagayos, Isla del Orinoco,
sus hermanos pelearon valerosos,
Gaspar Marcano, soldado intelectual,
cantó las glorias de las contiendas de su tierra.

Ahora el pueblo vive con pobreza digna
cada quien en su oficio laborioso,
sin olvidar la herencia que les viene
del contacto de razas diferentes.
La lucha es su destino,
porque nada se logra sin esfuerzo.

VII

María de la Lluvia

Venías de la Iglesia removida de preces.
Anunciando tu paso
los violines del viento en cordajes de palma
vibraban en tu honor.

Una tenue llovizna te perlaba la cara
y a través de sus gotas,
cristal puro del aire,
miraba tu sonrisa iluminando el día.

Del cántaro de hechizos que te colma,
arco iris tendido a la distancia,
nacía la paz que se derrama
sobre la tierra ardida.

Con alma alborozada
mi emoción se fundió con el aura traviesa,
canto de cielo y nubes desbordado en tu ánimo,
mientras mi voluntad se rendía a tu albedrío.

Después el estudiante se perdió en la distancia
de los días oscuros del recuerdo,
pero era tu sonrisa
un fulgente cocuyo alumbrando el camino.

Me anonadó la infausta nueva
de tu muerte inesperada
madre de un hijo no nacido,
hijo de una madre como tú entre las sombras.

Vive, vive la madre cuando el hijo
pone el grito en el aire
porque en el vagido de la criatura
se pregona con sonrisa alegre
que el llanto es una forma de anunciar la vida.

Muere, muere la madre cuando el niño al nacer pierde
[el camino
y la luz no penetra sus ojos.

Tú moriste de parto, que es una forma de morir dos veces,
el respiro cortado
para dos seres de amor tenebrecido.

Te miro a través de la lluvia
que iluminó tu cara;
la muerte no borró la dulzura entrañable
que era prez de tu vida,
por eso vuelves siempre
entre acordes del viento
sonando sus violines en cordajes de palma.

En espejo de luces redobladas,
me miras y te miro,
tu imagen y mi imagen se confunden;
tus ojos en mis ojos,
los míos en los tuyos,
el espejo se triza en mil pedazos
y tu imagen es multitud de imágenes
que giran en la órbita del sueño
sin juntarse de nuevo en una sola imagen.



NEBULO

VIII

La Guardia

De San Juan al oeste topamos con el mar.
La Guardia nos espera,
allí conocí el olear del agua
metiéndome en el seno de las ondas.
Partía de Oripuey, hato de chivos,
con un pozo de luceros presos,
en anca de un jumento que conducía Felito Salazar,
me asustaron dos monstruos en la playa,
un tiburón y una guasa muertos.

Siguiendo la ruta de la costa, por donde muere el sol,
la arena mojada es de fangoso tránsito,
el manglar intrincado sombrea en la canícula:
el istmo de Arapano, tierra solar que une
el este y el oeste de La Margarita,
lo atravesé una noche con silencio de grillos
y cantos de lechuzas cazadoras.

IX

La Restinga

El mar a la derecha, a la izquierda el manglar,
Restinga azul de verde sombreada
donde la luna se pasea,
bruja descalza camina silenciosa.
Alta la estrella, acribilla de luces la ribera.

Las sinuosas veredas entre el agua
conducen a la orilla arenosa,
brasa dormida entre ceniza y humo,
siempre caliente, no se apaga nunca.

Península de amor, delgada cinta
junto al agua y el agua
su imagen se proyecta en espejo infinito
el silencio y el mar
modelan su camino.

El aire es un azul sin mancha
hacia arriba, en el cielo,
hacia abajo, en el cristal dormido.

De los manglares cuelgan
en racimos las ostras,
al fondo estrellas rojas
devoran caracoles.

Las garzas corocoras,
las de albo plumaje,
vuelo de aves marinas
decoran los senderos
del agua detenida
y dan al verde bosque
un tono de bandera
flameando en el viento.

Restinga azul, prendido medallón
sobre el seno dorado de la espina.

X
Macanao

En Boca del Río,
angosta trocha de la lluvia que nace en Macanao,
el pueblo es una cinta de casas frente al mar,
sus barcos detenidos al pie de los manglares.

El Manglillo, Guayacancito, Robledal, Boca del Pozo,
parejas poblaciones que viven de la pesca.
¡Tierra de Macanao, agreste zona de intrincada maleza
donde acecha la espina, alerta la punzada!
cardones, tunas, la retama alevosa,
la ardorosa guasábara, de las ramas torcidas
y lanzas amoladas para herir a mansalva.

Al fondo, haciendo sombra entre neblinas
los picos altaneros: El Cedral, Corcovado, Punta
[de San Francisco

los calvos cerros desolados,
roja la tierra y el suelto pedriscal
agobiado de soles.
Un mar de tres colores: hacia la playa, ocre,
en el medio, verde intenso de cambiantes tonos
y un azul transparente, al fondo, de cielo sin fronteras.

Marineros de altura, con una flota numerosa y ágil,
pescan en el mar de Atlántico y Caribe,
los que aprisionan peces en las costas,
el palpitante salto del cardumen
desbordantes de luces las escamas.

Al pie de la montaña
se arrebuja entre neblinas San Francisco
de labradoras manos diligentes
que cultivan dulzor de anones y de nísperos,
guanábanas, ciruelas de huesito,
apetitosas dádivas para labios hendidos.

XI

Pueblos y lagunas

Bordeando la costa crecen pueblos y pueblos
y lagunas saladas que la mar rebosa:
Punta Arena, de barcos y de ranchos,
donde fueron prósperos ostrales.
Cerca cuentan que aulla un perro de leyenda
que vigila la tumba de su dueño,
asesinado capitán de una nave extranjera:
Chacachacare, escolleras para atracar los barcos,
lugar de la carena y las reparaciones,
Mata Redonda, donde corre entre sombras
historia de contrabando con enconada lucha
entre aduaneros y contrabandistas,
muertos y heridos con sangre entre las olas.

Las Tetas de María Guevara
desde el mar se divisan
como una señal para los rumbos,
erectas y fragantes de abundante leche
para animar los bríos de un pueblo sitibundo
que busca libertad y bienestar que se le niegan,
La Laguna de Raya, hondo brazo de mar,

La Sabana Grande, El Espinal, Los Varales,
lugar de desembarco de Morillo,
dura refriega heroica de un puñado de hombres
para oponer valor, ardor patriota
a una escuadra de numerosa tropa
de armas y pertrechos guarnecida.

El Guamache, puerto internacional,
Punta de Mangle, Las Cuicas, Jagüey Verde,
El Yaque, Las Giles, Las Hernández y Las Villarroeles.
Los Bagres, del pozo de los peces milagrosos.
Y en medio de todos, por su vieja estructura
de estirpe colonial,
Punta de Piedra, donde atracan las naves
para los pasajeros entre la Isla y Costa Firme,
sabana extensa de salobre piso
donde el viento es personaje poderoso
que no envejece ni descansa,
levanta el polvo que atraviesa el poblado
y se pierde en el mar oscurecido,
los árboles doblan sus copas vencidos por las rachas
y no pueden crecer sino aparrados.

XII

Viento, flores y pájaros

El viento, el viento, colérico enemigo,
sempiterno descarga su furia destructora
sobre todo Macanao y su contorno,

su caliente vapor tuerce las hojas
tuesta los capullos, empujando las nubes
hacia otros confines
o las torna vapor de agua que no cae.

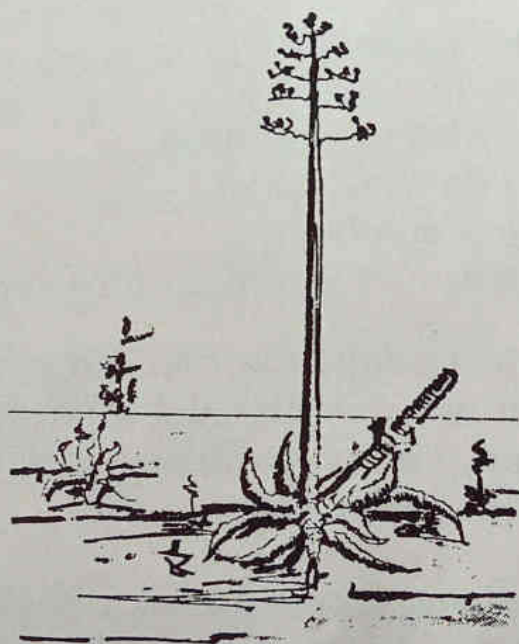
La Chulinga, arrogante equilibrista,
en la copa de espinas del cardón
ensaya el trino en su armoniosa voz
y le hacen coro, los pespés, los guayamates, los turpiales,
y los pases rasantes de los Chiritos de la Virgen
y el vuelo levantado de gaviotas.
En el centro del pájaro abre el cielo abanicos
que giran en la altura.

Las cuicas del verdor acrisolado,
muestran su cosecha de iguanas,
ramas sin tronco en aire suspendidas,
los conejos, lagartos de esmeralda,
los grises guaripetes y culebras
cavan sus madrigueras a la sombra, entre espinas.

En cada palmo de tierra donde la tuna impera
conquistan su terrón cancanapires del aroma al viento,
el cardo-santo, el cují y otras xerófilas especies
que alimentan su sed apenas llueve.

El espinal tostado se desgaja en mieles y perfumes
luce una primavera de colores el seco matorral,
sus flores de oro lucen el tarantán, las cuicas,
el guamache, la sábila y el palosano
y en el mástil alzado
el maguey levanta su bandera de topacio,

el abrojo tiende su alfombra,
revientan rojo vivo el caracuey y la retama,
mientras visten su discreto blanco de leche derramada
el urticante guaritoto y el guatacare.
En el aire pululan abejas diligentes
que del néctar fabrican sus panales.



XIII

Después que termina la faena

Al descender el día del eterno verano
Macanao se baña
en occiduos fulgores de amatista.

Va creciendo la noche con rumor de canciones
que corriendo en las olas llegan hasta la playa,
hay un ruido de alas que se pliegan
por entre los manglares.

Es la hora del sueño poblado de fantasmas
en la ruta de todos los caminos.

Tierra reseca, azotada de soles y de viento,
su cosecha es de hombres hechos a la medida de su suelo,
duros para el trabajo sobre la mar bravía,
pero como el cardón de sus plantíos
el blando corazón es generoso, desbordado de afectos
y la mano callosa da señal de amistad no desmentida.

Tierra pasmada en soledad discreta
abierto párpado al fulgor de la noche,
paso del temporal en el latido mudo.

Eres quemada sombra de carbones
susurro apenas de una queja honda,
labio ardido de sed, resquebrajado,

en espera del agua que no llega.
Miro la soledad y me detengo,
confundo mi destino
unido a tu destino.

Ahondando en tus congojas,
mis raíces crecidas en la sombra
serán savia en las ramas,
darán flores y pájaros,
una hoja en el viento:
mensaje de presencia
en la distancia.

PRENDIDO A TU RECUERDO

Cabalgaba en la noche.
Sobre el hombro el crepúsculo
se derritió en tinieblas.

Solo, por los caminos veía pasar las sombras
que acechaban dolientes los postigos de luz.
Iba desenfundado, con el alma en los dedos,
pulsándola sonora como una cuerda tensa.

Su tañido en la sombra me abrigaba del miedo,
y el alma que era clara, de sutil transparencia,
alumbraba en la noche como un cocuyo abierto.
Yo me miraba en ella, reflejo que se quiebra
en mil vagas imágenes
que desdobla la gota en iris sobre el cielo.

Caído de la noche arribé hasta la aurora,
la clara transparencia me disolvió en la luz
y de vuelta del viaje de buscarme a mí mismo
regresé deslumbrado, prendido a tu recuerdo.

QUEMADURA

Eres sólo una sombra
que pasa sin rozar
el aire y su perfume.

Una vida llenaste
y como mancha tenue
te desdibuja el tiempo.

Sin embargo persistes
como una quemadura.

LAS CAMPANAS

Incesantes las campanas
dan un dan con otro dan,
si se funden las campanas
ya no dan de lo que dan.

EL ECO

Voy repitiendo mi nombre
y el eco lo va copiando,
cuando se acabe mi voz
¿El eco te lo dirá?

ESPINA

En la crueldad de las espinas
acecha sigilosa la punzada

CERA DE TI MANADA

Como cirio en la sombra derretido,
en la penumbra tibia
tu caricia me abrasa.

Tu voz iluminada
se apaga queda y blanda
al borde de mi oído.

Cera de ti manada,
el fuego que te alienta
me consume en su llama.

HILO EN RUECA DE SUEÑOS

A la distancia mi angustia se agiganta,
teje y desteje sus redes el ensueño
con mil hilos sutiles de esperanza;
mi anhelo de caricias se adormece
junto al dulce rescoldo de tus besos:
hilo en rueca de sueños, junto al alba,
tendido entre tu ausencia y mí recuerdo.

YO SE QUE NO VENDRAS

Yo sé que no vendrás,
sin embargo, te espero.
El llano te presiente
leve brisa que pasa
rizando el pasto blando.

Tus huellas no se afirman
en la marca de un paso
porque van sobre el viento
con polen y con alas;
es huella que trasciende
en tu olor de mastranto
que inunda la sabana
y estira los mugidos
de los toros insomnes.

Yo sé que no vendrás,
sin embargo, te siento
en esta sed que corre
a través de mis venas,
en el cálido aliento
que me viene en el aire
y calcina mis huesos,

y en esta duermevela
de sentirte tan cerca
por cada poro abierto
y en el calor de besos
de cuerpos confundidos.

Cada palmo de tierra
lleva impreso tu nombre,
cada nube que pasa va contigo,
tu recuerdo me llega
en el vaho que brota de la tierra
cuando la lluvia pasa
y aunque te sé distante
tu presencia está en mí
como brasa dormida
que guarda en la pavesa
incendio de la llama.

Desparramada sombra
que mis pasos cobija,
sobre este mar de verdes
la garza es una vela
sobre un mástil de adioses.

SI TE ESPERO

Si te espero desespero,
si no te espero te sueño,
si pensada estás conmigo,
si soñada estoy contigo,
porque te fuiste tan hondo
que eres presencia en mi vida
y en el sueño o la vigilia
lejos o cerca te siento
punta que rasga una herida,
suave caricia en la venda.

Si te tengo te presiento,
cuando te alejas te siento
cálido aliento en el beso,
apretado abrazo loco
fuego que abrasa la entraña,
con el ansia de estar cerca
o la angustia de estar lejos.

Si en la mitad que me das
te siento entera en mi vida,
si fuera entrega total
desbordada crecerías,
río que entra a la mar
haciendo dulces las aguas
con su impetuoso caudal.

SOBRE EL TIBIO NIDAL DE LOS RECUERDOS

Conservo aún el ímpetu del vuelo,
ala para el anhelo
planeando sobre un mar de aguas tranquilas,
y desde arriba miro,
bajo el claro estupor de la marea,
plateados peces de veloces remos
sobrenadando el cristalino cielo
desprendido a la altura de las ondas,
huyendo de la playa
flama que el viento azota,
arena y ola, ala que pasa en sombras
sobre el tibio nidal de los recuerdos
donde empolla sus sueños una gaviota herida.

FUGITIVA

Cerca de mi costado
la sentí tan distante,
luna en cuarto menguante
colocada en su órbita de siglos.

Su querer es querer de lejanía,
se quema en el rescoldo
y huye de mi fuego que le abrasa,
y cuando más me quiere
no me busca,
y cuando yo la busco
coloca su distancia entre los dos.

Porque así me mantiene
sobre la tensa angustia
de la trunca esperanza de la espera,
porque ella me quiere cuando quiere
y me abandona siempre aunque no quiera.

¿Retenerla? ¡Imposible!
Me ama, yo lo sé,
pero su amor me inflama
y me deja carbón junto a la llama
que atizada se aviva,
mientras ella se aleja fugitiva
para que su ala tenue no se queme.

AUSENTE DE TUS BESOS

Ausente de tus besos
no levanto protestas;
los besos son cual deshojada rosa
sobre un cáliz sombrío.

Los pétalos caídos
abonan las raíces;
la emoción de la savia
se sube hasta la copa
para una primavera de botones
entre el verde follaje.

Del botón a la rosa
alienta el reventón,
perfume contenido
y al viento deshojada
después dará la vida.

Ausente de tus besos
sobre un cáliz sombrío
algún botón entumecido muere.

EXTRAMUROS

Siembra mis huesos
a extramuros
del lugar de los muertos,
así podré mirar
sigilosos luceros
y escuchar apacible
el rumor de tus manos jardineras
sin presencia indiscreta.

CUANDO DIGO TE QUIERO

De tanto decir te quiero
la palabra se ha hecho
de seda que acaricia
lamedora en tu oído.

De tanto repetirla,
la palabra es delgada
para entrar por la hendidia
que dejan dos silencios.

Con la insistencia clara
del agua entre las rocas
fue labrando caminos
para llegarte pura,
manantial por la herida
regando el corazón.

De tanto repetirla,
limada de sonidos,
en redondeado acento,

es rumor,
es latido,
susurro que se quiebra
cuando se torna en beso,
cántico adormilado,
se disuelve en la noche;
brisa de la mañana,
te despierta en la aurora.

Y va con el gozoso
ascenso de las horas
madurando sonrisas,
la semilla en la era,
flor crecida en el viento,
polen,
aroma,
pétalos,
disfuminada atmósfera
donde estás sumergida,
sintiendo sin oír,
palpando sin mirar...

HAZME UNA CAPA DE MUSGOS

Niña del raro capricho,
de la nube y de la lluvia,
del aire y de la montaña,
de la Rosa de los Vientos
que se deshoja en tus manos,
del camino que te crece
mientras tú vas caminando.

Niña del canto dormido
sobre un filo de recuerdos,
niña despierta en el hilo
de esperanza que te amarra.

Después que te di la nube,
te hice el aire transparente
para mirarte en el cielo
como en un espejo de agua,
y te alargué los caminos
para tu viaje sin nunca.

Después que te di los pájaros
de tu boca pajarera,
trino encerrado en la noche,
puesto en vuelo en la mañana.

Después que te di el murmullo
de las fuentes sin riberas
y el bramar de la cascada,
me pides capa de musgos,
toda verde, que te cubra
de la cabeza a los pies,
remojada de neblina
que resbala de las nubes,
de sutiles pliegos hecha,
para aprisionarte entera
como un mural de tu cuerpo.

Hazme una capa de musgos,
repite tu voz mimosa.
Hazme una capa de musgos,
toda verde y transparente,
mojada de tu rocío.

Si lo quiere tu capricho,
te haré una capa de musgos.
Mis manos tejen caricias
sobre el perfil de tu cuerpo,
y te va cubriendo toda
de un verde de musgos nuevos,
capa de sutil tejido,
remojada de ternura.
Movida de mis miradas
coladas en la hiladura.

Y aquí está la capa entera.
Como araña tejedora
la tejió mi propia entraña.
Te hice una capa de musgos,
suave, ligera; medida
con mis manos en tu cuerpo,
transparente capa verde,
como ladera tendida
para recostar los sueños
y la angustia de quererte.

LA CANCION QUE VUELA (*)

Bajo de la lluvia
la canción se mece,
y el viento la lleva
mojada y fresquita.

Traspasa la reja,
toca tu ventana
y a tu oído llega
cual suave latido.

Te adormece quieta,
te arrulla y envuelve,
es apenas soplo
mojado de lluvia.

Vuelve sobre el viento,
fresca de ternura
que arrancó a tus labios
la canción que vuela.

(*) Música de Hernán Gamboa

LA INVENCIBLE ROSA

A Carmen Omayra Cásares Reyes

La delicada rosa, exacta forma
se abre en el viento y se deshoja
y vuelve a crecer indiferente;
desafiando al viento, al sol omnipotente
cumple con su deber de aromas y colores.

El viento es viento en todos los momentos,
el sol mancilla la rosa en su corola,
pero en tiempo medido se irgue soberana
y nada la detiene. Majestuosa fulgura:
la rosa es rosa contra sol y viento

TARDE EN AZUL

Se puso azul el camino
de tanto azul en el cielo,
iba remando en el río
el azul de los reflejos.

Y tú cerca de la orilla
desenredas los azules,
mientras en el viento corren
susurrantes los murmullos.

Todo se puso a servirte:
el agua lame tus plantas
y la tarde esplendorosa
sobre tu piel se arremansa.

Callado asombro del río
cuando tus senos lo tocan
en su aletear de palomas
de arrullos tiernos y locos.

Lumbre, nube, cielo, río
van en tránsito ligero
mientras tu belleza queda
clavada como un lucero.

Se deshacen los azules
entre la sombra que avanza
mientras tú, ninfa desnuda,
eres claridad alzada.

Te vio pasar el camino,
la tarde y yo te miramos,
ella se llevó tu imagen
mientras yo quedé esperando
entre la lluvia de trinos
que se cuela de las ramas
cuando el crepúsculo muere
tras de los cerros distantes.

EL POZO DE TUS MANOS

Eibarlar es el monte
erguido de neblinas
donde la cima toca con el cielo.

Vuelos de mariposas triscan en las laderas
como alados corderos
de espolvoreadas alas
que brillan a la luz de la mañana.

Senderos escondidos,
de muelle, verde alfombra,
esperjados de matinal rocío,
ensilencian los pasos
que humedecidos trepan
buscando entre los riscos
alguna flor silvestre.

Mil pájaros selváticos
empenachan sus cantos
junto a los manantiales
que bajan de las peñas.

Entre las nubes rosa
se diluye el crepúsculo
y la estrella distante
que alumbró nuestras tardes
se baña junto al pozo
que es el cuenco relleno de tus manos
que licuaron neblina
para un sorbo de sed nunca apagada.

MARINERA

A la orilla del Mar del Caribe
inundado de claros reflejos
la ola canta su canto de espumas
con vaivén sonoro en la playa.

En la arena, tendida al desgaire,
se doraba tu piel bajo el sol,
te besaban la ola y el viento
con un beso de sal y de fuego
y temblor de amorosa caricia.

Fue creciendo la llama hacia adentro,
crepitando ardoroso tu ser
me envolvió como ola en abrazos
y sentí recorriendo mi cuerpo
mar y viento de sal impregnados,
tu caricia de espuma embebida
desgajada sonora en el beso
con un suave rumor desmayado.

Sol y nubes, la brisa y el agua
en la arena de playa restallan
y tus brazos mis brazos anudan
enredando tu suave ternura
como alga que flota en las ondas.

VENTANAL DE LOS SUEÑOS

I

Tu caricia era riego

Entre sombras y humos
abriste tu ventana
para que se asomara
limpia y pura mi vida.

Desde el postigo abierto,
oblicuo en la distancia,
miraba los paisajes:
Entre ruinas deshechas
se enredaban los musgos,
mientras iba creciendo,
la copa erguida al cielo,
un bosque nuevo.

Sutil, de frescas linfas,
sobre el abierto cauce,
mojaba los costados
fertilizando sueños,
cantarina en las rocas
mi esperanza
y entre el claro frescor,
como a la flor que crece,
tu caricia era riego.

II

Cañamazo de vida

Iba desenredando la tela de tus sueños,
en cada malla el nudo engarzaba una pena,
y el hilo la apretaba, lazada tras lazada,
manto de soledad y apagados luceros.

La maraña tejida de recuerdos,
hacía del presente
vida para el pasado,
cuando eres plenitud
de madura cosecha en los racimos
y en cada amanecer te brilla clara,
en la gota de llanto derramada
la irisada promesa
del porvenir crecido
en los flancos del día.

En este destejer de penas y sueños,
de la entraña que mana
hilos como la araña,
creció mi propio hilo.

Cañamazo de vida
para engarzar latidos
del corazón gozoso,
enlazar el *ite* quiero!
el ritmo del suspiro
que viaja entre la brisa,

dibujar la sonrisa
y el quejido de amor,
que no es ¡ay! del que pena
sino aliento que corre
desde el pulso hasta el labio
y estalla en queja y besos.

Tela de amarrar los trinos,
la luz del sol en tus ojos,
y la dicha que me crece
junto al pozo de ternura
que va manando en tus dedos.

III

Hacia arriba hay luceros

Negada y derramada,
en lo que niegas creces,
como otoños sin hojas
donde alienta la flor de primavera
y la semilla ensaya
romper la oscura celda
que aprisiona la vida.

El árbol que planté junto a tu era,
regado en tu mano,
por tu mano crecido,
se arrebuja en tu cuido.
La derramada copa tiene trinos y nidos,
sobre cada retoño va creciendo una flor,

el sol que lo calienta,
de la nube al cobijo,
pone a correr la savia
desde el suelo a la nube,
raíz y tronco y ramas
viviendo en el latido.

¡Mira!, junto a tu paso
está creciendo el día,
hacia arriba hay luceros
en el alba despiertos.

He destrenzado toda la malla de tus sueños,
deshilaché tormentos,
destrencé pena a pena,
y aquí, de punta a punta
con hilo de mi entraña
voy tejiendo tu vida,
lazada tras lazada,
engarzada a la mía.

En esta bordadura
hurtamos a la vida lo que nos da la vida;
inconformes de todo, será nuestro el empeño,
será nuestro el minuto,
el tiempo de querernos,
mientras viaja en el viento
la angustia que nos trajo
a juntar la querencia
en este amanecer de lumbre y canto.

TENGO UNA AMIGA CUBANA

*En el álbum de la poetisa
Arminda Valdés Ginebra*

Para alivio del destierro
tengo una amiga cubana,
alma delicada y franca
para la palabra hermana.

Tengo una amiga cubana,
que es tener rico tesoro:
Arminda Valdés Ginebra,
cariño de seda y oro.

Me sorprendió con su canto
del soñar amanecido,
guarura estrenada al viento
sobre el rumbo de mi oído.

Al calor de su mirada
al fulgor de su sonrisa,
la pena en canto se quiebra
cual leve rumor de brisa.

Su emoción, hilo tendido
sobre el aura pasajera,
cual móvil cometa engarza
mi tensa angustia viajera.

Tengo una amiga cubana,
que es tener rico tesoro:
Arminda Valdés Ginebra,
cariño de seda y oro.

La Habana, 23 de abril de 1951.

CUANDO TU REGRESES

Hace ya tanto tiempo que te espero
que me crecen los días
largos como siglos
y las horas son años en tu ausencia.

Yo que tengo tu luz para mis noches
he caminado a tientas.
Hasta que tú regreses
no miraré el sendero
donde tus manos ponen
fanal de claridad para mis días.

¡Qué milagrosa vara
de medir es la ausencia!,
nos cuenta los suspiros,
nos mide los recuerdos
y alarga la esperanza
para hacerla del largo del regreso.

Te fuiste cuando apenas
regresabas del sueño,
del sueño de la rosa
que en el botón llenaba
la medida del vaso,
y que antes de la aurora
desgajó su corola,
cuando estaban tus manos jardineras

húmedas de caricias,
cuajadas de rocío
y era tu voz promesa
para el arrullo tierno.

Te fuiste cuando apenas
tu dolor y el mío
sangraban por la herida
del botón hecho carne
del anhelante espíritu.

Te fuiste sobre el ala
dorada de la tarde
sobre un rumbo de adioses
tendidos a tu paso,
mientras iba sus rosas
desgranando el Poniente,
y yo, que estaba solo,
mirándote partir,
deshilaché en el viento,
frente al sol que moría,
mi pena por tu ausencia.

Cuando vuelvas llamada!
te esperarán mis brazos
estrenados de nuevo
para hacerte torzal de enredadera,
tan cerca de mi pecho
que puedas escuchar cada latido
estrenado también a tu regreso.

Cuando vuelvas, mis besos,
añejos de esperarte,
serán burbujas tenues
sobre tus frescos labios;
sobre las lenguas mudas
un silencio anhelante
se alargará en caricias;
tus ojos en mis ojos
inventarán lenguaje
para un mar de emociones contenidas
hasta el día del regreso.

Sentirás que en la estancia
persiste el suave aroma
que se quedó en el vaso
donde el sueño anudado
de tu vida y la mía
puso el botón trizado
a la vera del día sin aurora.

El día que regreses,
cien esperas
empapadas de angustia
te saltarán al cuello;
sobre el filo del día,
con fragancias de pinos
la brisa llevará rumor de besos,
y mi clara alegría,
loca de tu locura
se esparcirá en el viento.

Sobre el flanco del bosque
mañanearán luceros.

EL HOMBRE INACABADO

*El hombre no es más que una caña,
lo más débil de la naturaleza;
pero una caña que piensa.*

Blaise Pascal

*¿Quién domina los centros del mundo y de las llamas?
¡Los hombres!*

Rafael Alberti

*El hombre una vez vive para no retornar.
Su existencia es un hilito que se disipa presto.
La suma de su vida es un pobre montículo.
Cubierto de cizaña al poco tiempo.*

*Kong-Fu-Tse
(Poeta chino 551-479 a de JC)*

Al Dr. Juan David García Bacca

¿Quién soy? ¿Qué soy?
En este mudar interminable
he sido tantas veces
y he dejado de ser.

Es el camino y sus recodos
el que modela el paso
aunque sea nuestro camino
y el pie señale la postura.

Seguiré siendo,
siempre inconforme de lo que soy,
¿Cómo seré mañana?
Que mi yo me sorprenda
afirmando cómo quiero ser
y no como debo ser según los otros.

El hombre es un proyecto:
¡Subir, crecer hasta perfecto!
El anhelo infinito:
¡Ser es hacerse cada día!

¡VIVE!

Al poeta Alí Lamedá

El tiempo de vivir es infinito.
El tiempo de morir es de relámpago.
¡Vive!... Para morir te sobra tiempo.

AHORA O NUNCA

A Víctor Mazzei González

Polvo del polvo disemina el viento
en la siembra incesante de polen y de granos.
El vientre de la noche no pare sólo sombras
sino que lleva envuelta como ola estremecida
las luces de la aurora, la semilla del alba.

Por ello nace y muere prisionera
la luz parpadeante del futuro;
no hay término, todo comienza siempre:
siempre es ayer, mañana, ahora o nunca.

LA HUELLA

A Héctor Mujica

En el tiempo trajinado
cada pisada deja
su marca apresurada:
la huella es un instante
que lo borra otra huella.

La piedra inmóvil dura.
Tú eres tan solo viento
y el viento siempre sopla
hacia todos los rumbos
pero en ninguno finca.

LA CRUZ DEL PASTEL

A José Miguel Monagas

En cada vuelta de camino
ponían una cruz los caminantes.
Todo viajero
para hacer pedestal junto al madero,
sin mirar hacia atrás, arrojaba una piedra
y fue creciendo alto el pedestal.

Alguna vez una mujer devota
colocaba una flor entre las piedras,
rezaba una plegaria, se persignaba
y proseguía cantando su canción.

Ya en las encrucijadas
no se detienen silenciosos los viajeros
para arrojar sus piedras a las cruces
sin mirar hacia atrás.
No hay flores en las cruces camineras
que seque el sol y se las lleve el viento;
las piedras se fundieron
entre la trenza negra del camino,
cruzan volando en olor de gasolina
los pasajeros distraídos.

Cruces de caminos
señalan Norte, Sur con sagitarias flechas.
Hay caminos sin cruces
y cruces sin caminos.

LA ESPIGA

Al poeta Ramón Palomares

La espiga frágil
oscila con el viento.
En el suelo la sombra
es barba de silencio
que se mueve tan sólo
si se mueve la espiga.

La espiga está en el viento,
si el viento sopla tenue
es apenas murmullo.

La espiga balancea
con ritmo acompasado;
si el viento sopla recio
la espiga es abatida.

Estructura de polen,
hilo sutil de oro

es apenas la sombra
de la brizna de un nido.

No se corta la luz
que alumbra la intemperie
de la espiga abatida.

En ese desamparo
la sombra se proyecta,
no es juguete del viento
en sus volubles giros
y se mueve tan sólo
si se mueve la espiga.

El soleado espacio
no se corta ni mengua
cuando la espiga va
cuando la espiga viene.

VENGO DEL TIEMPO

Al Dr. Pedro Rincón Gutiérrez

Descorriendo del sueño la débil telaraña,
en la noche de insomnio,
desde el fondo, como un viento de siglos,
venía cabalgando entre las sombras
una voz de presagios y pregones;
vibró en la oscuridad
y dijo, claveteando el silencio:
"Vengo del tiempo que cabalgo y domino,
me he inventado a mí mismo.
Soy presente y futuro
y nunca acaba en mí la hora de hacer y rehacer;
jamás supe volver por el mismo camino,
inventé rutas en donde el paso insólito
en cada huella deja grabadura sin mancha.

Fundé catedrales de un culto innominado,
sin nichos de enmohecidos íconos,
sin sacerdotes de litúrgicos cantos
ni música monótona que resuena milenios,
sin lecturas que agobian los oídos,
sino claros ambientes con pájaros y viento,
con árboles y flores, con un piso de hojas
que tintinean al gotear del rocío,
sin muros y sin techos, donde oficia la luna
y entonan las estrellas sus canciones;
Catedrales del sueño soñado en la montaña
para mirar el mundo abriendo la penumbra,

en épica aventura de crear sin medida
el hombre que vendrá, puro de amanecer,
con un idioma de afirmaciones generosas,
palabras fundadoras,
el golpe de martillo que afina los metales,
el rayo constelado en que vibra la tierra
cuando nace la lluvia del confín de la nube.

El mundo de vocablos labradores,
que van cavando el surco, abonando la tierra,
semillas puras, transparentes.
Espigas en el aire
tremolando asombrados inventos
las sílabas del alba.
El idioma del niño
que de pura pureza es un descubrimiento
de las cosas que nombra oyéndoles el nombre,
asombro de decirlas
sin saber que las cosas y los seres
nombrados se incorporan y existen
en las múltiples formas
con que crecen y animan en inédito espacio”.

Fue un solo parpadeo.
Deslicé unas palabras.
Quería saber la ruta de ese claro universo
y pregunté por dónde se toca su lindero.

No escuché la respuesta.
El sueño tiene el límite de vuelta a la vigilia.

DUDA

A Denzil Romero

Yo nunca supe
de la fe sin límites.
Para mí dudar es un camino.

Cuando busco la verdad
no le temo al error
sino al vacío.

Cuando afirmo me afirmo,
cuando niego
me afirmo.

Soy yo mismo
el que niega o afirma.

EL TIEMPO ESCURRIDIZO

A Pedro Pablo Paredes

El tiempo no sabe que yo existo,
pero yo sé que se esfuma:
azogue de ceniza
marca las horas,
el afán de los días.
Su inquieto paso es vida
que entre los dedos pasa.

EL CABO LUCERO

*En el recuerdo de Felipe Obando,
Pepe Amparan, Chico Tomás Rogríguez
y Chuchú Gómez cabos luceros de La Asunción.*

A la hora de prenderse las estrellas
encendía los faroles
el Cabo Lucero.

Escalera al hombro,
querosén en mano
cumplía su oficio de alumbrar
el Cabo Lucero.

Por él tenía la noche
luces de los mecheros.
Cuando el sol apagaba las estrellas
el encendedor nocturno
apagaba los faroles.

Con un gesto de Dios temporero
despabilaba la noche en las esquinas
el Cabo Lucero.

Escalera al hombro, querosén en mano,
calle abajo, calle arriba,
iba esparciendo luz
el Cabo Lucero.

¡AHORA ILUMINADA!

A la ingeniera Josefina Salazar

Venía la mujer a contraluz
con el sol en la espalda;
el viento le bruñía
con arenas doradas
el rostro amanecido
con rocío de lágrimas.

Sobre la arena tibia
las plantas descalzadas
marcaban en la senda
un paso solitario.

Bordeando el camino
los cardones izaban sus espinas
punzando el aire tenue
plenado de silencio.

Estuvo andando a tientas
la mujer con su pena
y cuando ya cansados
los breves pies sangraban,
arribó a la hondonada
riscosa y desigual
que en su fondo llevaba
arroyo murmurante
que avivaba la sed con su frescura.

La mujer en el agua
también se hizo murmullo,
como una raíz sorbió la linfa,
creció tallo florido,
la sonrisa fue aroma de sus labios
y frutos su alegría.

¡Ahora iluminada!
lleva el sol en la frente,
y cantan en sus ramas
mil pájaros errantes
que buscaban cobijo
al cansado aletear de sus distancias.

PIEDRA DEL CAMINO

*Al poeta Guillermo de León Calles.
Pastor de cujies, piedras y cardones
en Pedregal de Falcón.*

Piedra del camino
que el sol,
la pisada,
el viento
modelan
a la mano del hombre
para la honda que dispara
a la estrella lejana
en busca de la luz.

La piedra
caminera
sin hendiduras,
hecha de reflejos,
de noches,
de días,
espera silenciosa
y la lumbre fosfórica
difunde
y no se acaba.

De tu dureza, ¡piedra!
se nutre la esperanza.

INDICE

7. Dedicatoria
9. Nota de Agradecimiento
13. Nota Explicativa
15. Prólogo para celebrar un verdor
25. Soy tu voz en el viento
27. **Alumbramiento de Paraguachoa**
35. El Descubrimiento
39. **¿En dónde nace el mar?**
45. La nadadora
47. Las dádivas del mar
48. Isla de Coche
49. Sobre las olas
50. El caracol
51. En la playa
53. Playa de El Agua
56. Tarde de Manzanillo
59. La mar enlunecida
61. ¿Cuál es tu camino?
62. El corazón de la espuma
63. Huella en la arena movediza
64. La roca
65. El peñón
67. De isla en isla
72. El sabor de la ola
73. La primera lluvia
75. La brisa
77. Siembra mi sueño marinero
79. Descubrimiento del agua
81. **El viento en las alas**
83. El alcatraz
84. El guanaguanare
85. Los tigüitigües
88. Las chiquias
89. Las angoletas
91. La paraulata
92. El cocuyo
93. Paraulata en la espina
95. El guayamate
97. El colibrí
98. Embriaguez
99. Chirito de la Virgen
100. El papagallo
102. La gaviota

103. **Villas, pueblo y ciudades**
105. La ciudad, mi ciudad
109. Paraguachí
113. Juangriego del recuerdo
123. La azul claridad de Pampatar
132. Porlamar en el viento
139. Norte del norte de la tierra isleña
155. Bajo la sombra de los datileros
173. Hilo de rueca de sueños
176. Yo sé que no vendrás
177. Prendido a tu recuerdo
178. Quemadura
178. Las campanas
179. El eco
179. Espina
180. Cera de tí manada
181. Sobre el tibio nidal de los recuerdos
182. Si te espero
183. Ausente de tus besos
184. Fugitiva
185. Extramuros
186. Cuando digo te quiero
187. Hazme una capa de musgos
190. La canción que vuela
191. La invencible rosa
192. Tarde en azul
193. El pozo de tus manos
194. Marinera
195. Ventanal de los sueños
199. Tengo una amiga cubana
200. Cuando tu regreses
203. **El hombre inacabado**
206. Vive
206. Ahora o nunca
207. La huella
208. La cruz del pastel
209. La espiga
210. Vengo del tiempo
212. Duda
212. El tiempo escurridizo
213. El cabo lucero
214. ¡Ahora iluminada!
216. Piedra del camino

Se terminó de imprimir este libro en las prensas de AVILA ARTE, S.A., (AVILARTE), Avenida Augusto C. Sandino, Maripérez, Caracas, Venezuela, en el mes de noviembre de 1986, al cuidado de Heli Colombani y con la participación en el procesamiento de Livia Torres en fotocomposición, Julio Aranguren, José Angel Rangel, José Cobos y Enmanuel Martínez en fotografía y montaje; Pedro Blanco y Fidel Meza en la impresión e Irene Villegas en la encuadernación.